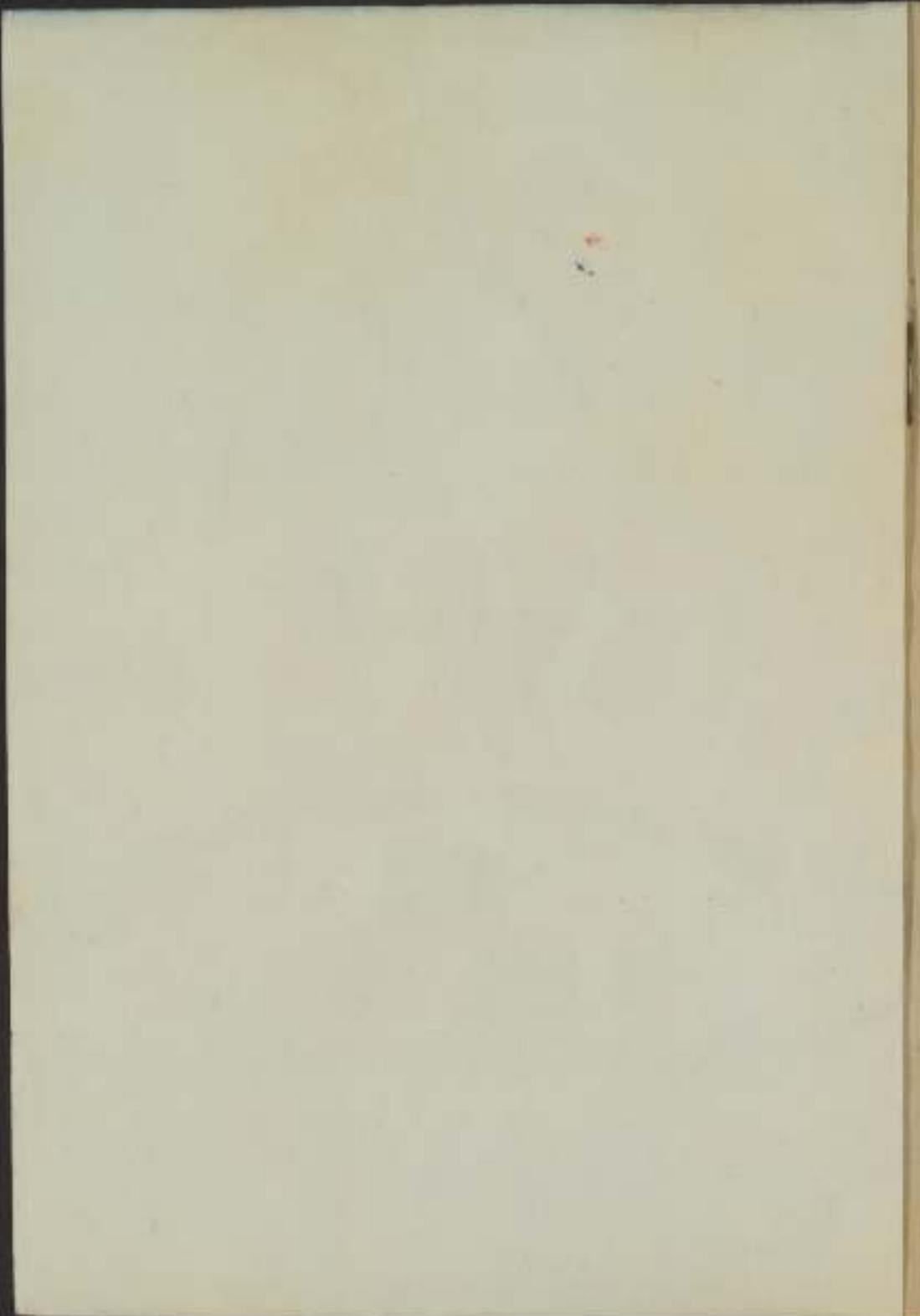




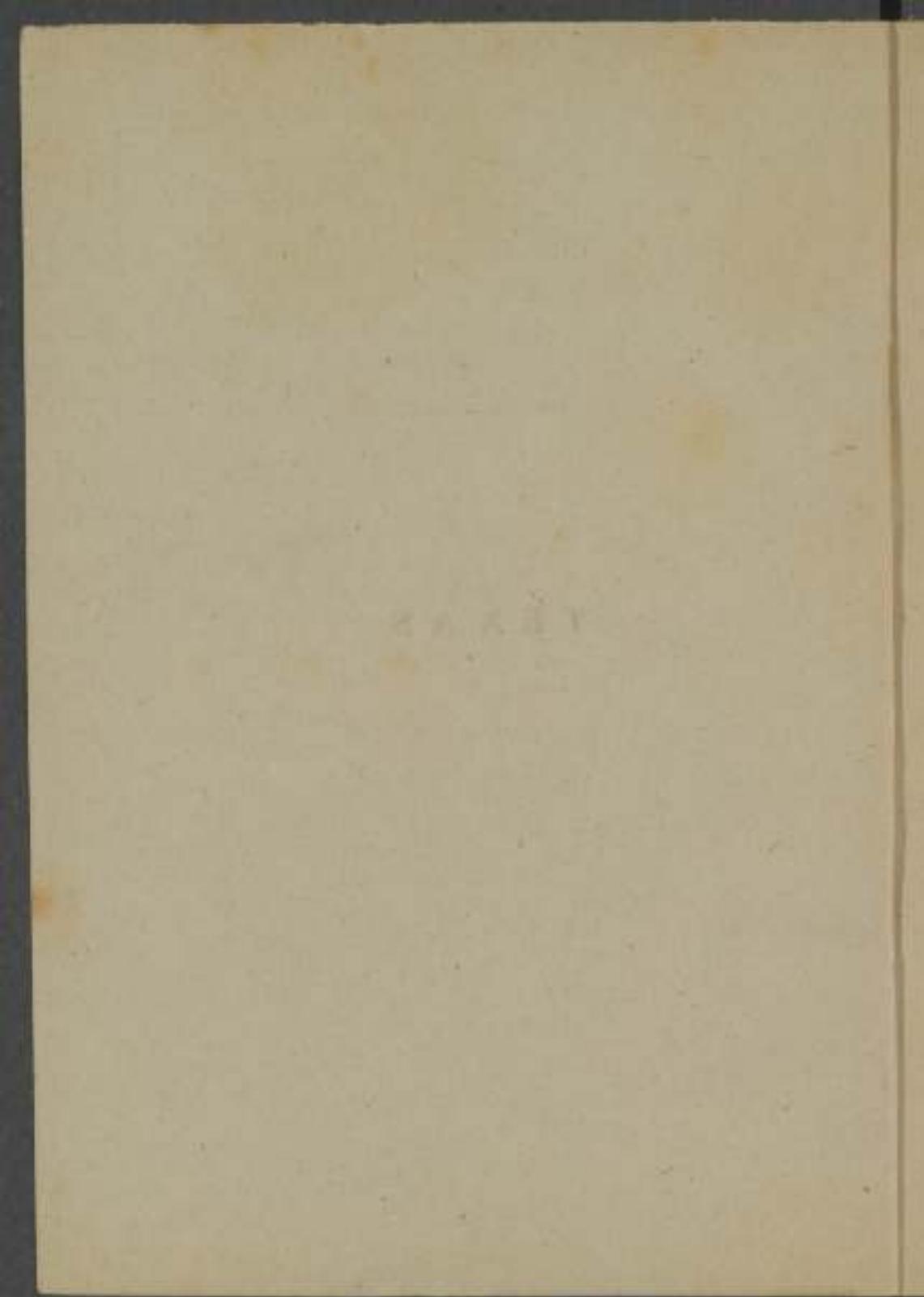
TEXAS

William
HOLDEN
Claire
TREVOR
Glenn
FORD





T E X A S



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

T E X A S

Magnífico asunto de aventuras

Dirección de

GEORGE MARSHALL

Producido por

SAMUEL BISCHOFF

Es una película

COLUMBIA PICTURES

Distribuida por

COLUMBIA FILMS

PRINCIPALES INTÉRPRETES

**William Holden - Claire Trevor - Glenn Ford
George Bancroft - Edgar Buchanan**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

T E X A S

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO PRIMERO

DOS TEJANOS

Al terminar la Guerra de Secesión de los Estados Unidos de Norteamérica a muchos Estados se les presentó el pavoroso problema de resolver las dificultades resultantes de la lucha y la crisis económica consiguiente. Especialmente se resintió el de Texas, cuya prosperidad se apoyaba casi exclusivamente en el ganado, tanto por la escasez de vías de comunicación como por las continuas hazañas de los pieles rojas y de los bandoleros, secuela casi obligada en toda conflagración y, más aún, en tales espacios inmensos en donde cada hombre consideraba a su vecino como enemigo.

En la ya próspera ciudad de

Abilene, de uno de los Estados cercanos a Texas, aconteció el importante acto de terminarse el ferrocarril, que la ponía en contacto con las grandes poblaciones costeras del Este, mejora que se debía a la energía de Windy Miller. Así lo reconocían en sus vitores las personas que saludaban a la vía férrea con nutridos disparos. Todo hacia esperar un gran futuro para Abilene y hasta el más pesimista se apresuraba a tomar sus medidas para acoger a la fortuna, que la mayoría barruntaba, con los brazos abiertos.

Naturalmente, consecuencia de todo ello fué un aumento de la criminalidad en el distrito y el juez

tenía trabajo de sobras desde la mañana a la noche. Afortunadamente, las dificultades para la aplicación de la Justicia eran escasas, puesto que la libertad de la época y las tendencias políticas permitían que la ley se adaptase a un criterio sencillo que se puede resumir en dos palabras, o frasea, para ser más exactos.

Si el forajido había servido en los partidos del Norte, era absuelto sin grandes escrúpulos; en tanto que, si su desgraciado destino le había hecho nacer y militar en las fuerzas aureñas, era condenado sin remisión a una pena, que variaba según las circunstancias, delito y humor del juez, que dictaminaba en una sucia y abarrotada sala de juicios.

Así que el juez hubo perdonado a un malencarado sujeto, el alguacil, obedeciendo a una señal suya, nombró a dos jóvenes desarrapados, flacos y, para colmo de sus males, vestidos con restos del uniforme del Sur. No obstante, permanecían tranquilos.

—Dan Thomas y Tom Ramsay. Acercaos, muchachos.

El juez les lanzó una malévola y rápida mirada. Hasta un ciego habría visto que eran tejanos de pura cepa, de largos miembros, expresión calmada y agresiva a la par; en una palabra, buenos amigos y pésimos enemigos. Se inclinó sobre un papel, leyó y les habló de la siguiente forma:

—Se les acusa de haberse metido en terreno propiedad del ranchero Martin, y de robar un cerdo, que sólo soltaron cuando les amenazó con un rifle. ¿No sabéis los insurrectos que está el robar penado por la Ley?

El llamado Dan Thomas se adelantó un paso, mientras Tod Ramsay, su compañero, intentaba contenerle sin gran éxito, puesto que exclamó con los ojos chispeantes:

—No era un delito cuando Sherman lo hacía en Georgia.

—Lo que él quiere decir—quiso atenuar su amigo.

—Ya sé lo que quiere decir—interrumpió el juez—. ¿Qué dicen que son? ¿Inocentes o culpables?

Sin la menor vacilación, Dan se apresuró a responder:

—Inocentes.

El juez le observó, simulando un asombro que estaba muy lejos de sentir, puso los pies sobre la mesa y se encaró con el alguacil.

—Oiga, ¿no dice usted que el ranchero les pilló infraganti?

—Sí, señor juez.

El juez abrió las manos como diciendo: "Esto es lo que quería demostrar". Pero el llamado Tod, más cauto que su amigo, en quien parecía predominar la osadía y la violencia, se encargó de explicar:

—Robamos el cerdo, señor juez, pero no somos ladrones. Teníamos hambre... Hacía muchos días que no habíamos comido y nos cansamos ya de que la gente nos diera siem-

pre con la puerta en las narices, porque llevábamos este uniforme.

—Bien, ¿tienen algo que alegar en su defensa antes del fallo?—insistió el juez, escupiendo un trozo de tabaco y como si no le hubiera oído.

—Vinimos a trabajar en el ferrocarril y estaba terminado... Vamos camino de Texas...

—¡Texas! ¡Uh!—replicó el juez.—Es el sitio más a propósito para tipos como vosotros. Vosotros, Lee y Beauregard... y toda esa chusma revolucionaria os podéis reunir allá y empezar otra vez una guerra de secesión entre todos...

No terminó su increpación. Dan extendió los brazos, le cogió por el cuello y empezó a apretarle el gaxnate con el rostro encarnado de rabia, mientras su amigo trataba de contenerle, todo lo cual originó un escándalo espantoso, que no concluyó hasta que a pura fuerza lograron apartarle. Todo ello contribuyó a enardecer la animosidad del juez que, pasándose la mano por el cuello, gritó:

—¡Grandísimo desvergonzado!... ¡Sois culpables los dos y os voy a multar con cincuenta dólares a cada uno!—se encaró con Dan todavía furioso.—¡En cuanto a ti te voy a escarmentar de una vez para siempre! Vas a ir preso por ofender al juez y te multaré con otros cincuenta dólares...

—Sabe que no tenemos cincuenta

dólares—protestó Tod—. ¿Cómo ha de tener cien él?

El juez no le prestó atención y llamó al detenido siguiente. Pero un hombre corpulento y vestido elegantemente se destacó de dos hombres que le escoltaban y, echando mano a la cartera, ordenó al juez, que le miró asombrado:

—Sueña a esos hombres. Yo les pago la multa a los dos.

Los presos volvieron sobre sus pasos y admiraron al generoso desconocido, en tanto que el juez titubeaba rasándose la barba.

—Pues eso es un poco irregular, señor Miller.

Miller depositó unos billetes sobre la mesa, haciendo extensiva su generosidad al detenido que esperaba la acción de la Justicia, y sin prestarle atención se encaminó hacia la salida. No envió ni una mirada a los agradecidos tejanos. El juez contó el dinero y llamóle:

—Da usted veinte y la segunda multa sólo asciende a diez.

—Quédese la vuelta y compre desinfectante para esta sala. Vamos—dijo a su escolta.

El rudimentario magistrado tuvo que levantar la sesión para repenirse de su sorpresa. Los dos tejanos corrieron tras de Miller y le alcanzaron en el pasillo, llamándole por su nombre... desconocido para ellos.

—¿Qué queréis?

—Pues darle las gracias.

—¡Oh, no hay de qué!—contestó

haciendo un gesto que borraba todo— ¿En qué regimiento estuvisteis durante la guerra?

—Caballería de Stuart. En el norte de Virginia—anunció Dan.

—Debí comprenderlo. Sólo un virginiano o un tejano atacaría a un juez en su tribunal — comentó riéndose.

—Nos gustaría pagarle ese dinero trabajando—apuntó tímidamente Tod— Un extraño rara vez hace un favor así.

—Yo no soy un extraño cuando se trata de un rebelde... Soy tejano también. ¿Tenéis mucha hambre todavía?

La pregunta hizo que Dan se pusiera la mano en el estómago y declarase con la gravedad de quien presta juramento:

—Tengo el mismo apetito que cuando llegué aquí hace tres días.

Windy Miller ordenó a uno de sus hombres que se encargase de apaciguar su hambre y los citó para la pelea de la noche, marchándose con majestad y traspasando a otro el cuidado de informarles que su oportuno auxiliador había sido, ni más ni menos, que el importante Windy Miller. Sus caras denotaron que era aquella la primera vez en su vida que sabían de él.

—Pero ¿no han oído hablar de Windy Miller?

—No; pero desde ahora estamos a su disposición—aseguró Tod.

Y los tejanos jamás faltan a su palabra.

El combate de boxeo anunciado para aquella noche se retrasó más de la cuenta y el levantisco público, despreciando las súplicas del *speaker*, patentizó su descontento con tal vigor y decisión que en pocos segundos el ring fué invadido por una muchedumbre aullante que se aporreaba furiosamente sin fijarse al el que recibía los golpes era amigo o enemigo.

—¡Dile a Windy que venga aprisa! ¡Trae a los boxeadores!—ordenó el anunciador llevándose las manos a la cabeza.

Después, auxiliado por algunas almas caritativas, logró dispersar a los bárbaros que peleaban, usando los mismos medios contundentes, y así pudo restablecer algo que, a duras penas, se podría llamar calma.

Dan y Tod contemplaron el combate general sentados apaciblemente. Al primero se le iban los pies hacia el cuadrilátero. Aquello cuadraba con su carácter, era la vida que ansiaba. Y volviéndose hacia su amigo comentó:

—Oye, esto está muy bien. Creo que me gustará este pueblo.

—Sí... hay mucha animación —convino Tod con menos entusiasmo.

Reinó el silencio mientras el anunciador presentaba al orgullo

del Campamento 19, al invencible Duth Henry, que, luciendo una gigantesca musculatura y unos bigotes no menos terribles, se aposentó en su esquina, saludando con las manos enlazadas a todo, a los gritos, a los vivos y a los muéras.

Igual clamor acogió a su contrincante, también orgullo, pero del Campamento 18, Matt Sawyer. Este sujeto, en un alarde de facultades, quiso saltar las cuerdas del cuadrilátero, mas dió con su cuerpo en tierra, en donde quedó sujetándose la pierna derecha.

—Pero ¿qué te pasa? — le preguntó su segundo.

—Me he roto una pierna — respondióle.

Tal percance coincidió con la llegada de Windy Miller, el cual se inclinó sobre el malogrado gladiador, haciendo un gesto de mal humor. La gente ya empezaba a murmurar y de un momento a otro podría hacer una segunda y espantosa irrupción que demostrase su descontento.

—¡En buen momento te has puesto a saltar obstáculos! ¡Sacadle de aquí! ¡Tiene que haber pelea!

Cargaron al pugilista, que desapareció entre algunos tímidos silbidos. Dan percibió el sombrero de copa y la cabeza de Miller, sobresaliendo de las que le rodeaban, y ordenó a Tod que le siguiera para reunirse con él.

—No os preocupéis, muchachos,

no os preocupéis en absoluto—apaciguaba Miller—. Habrá pelea aunque tenga que pelear con él y yo mismo.

Un hombrecillo le desafió y fué lanzado como un saco por los aires, contribuyendo a disipar la tensión de los ánimos. Pero, no obstante, la situación era idéntica y el prestigio de Windy estaba aún en entredicho; sólo un milagro podía salvarle del fracaso y este milagro ocurrió.

De ello se encargaron Dan y Tod que, abriéndose paso en dirección del personaje, movían los codos con energía, aunque pidiendo disculpas. Sucedió, pues, que uno de los acometidos se negó a dejarles pasar y poniéndose en pie les aconsejó, desde una altura de un metro ochenta y cinco y apoyado por unos bíceps tremendos, que se fueran a sentar. Pero Tod se obstinó en no hacerle caso y el matón cortó sus súplicas y su avance con un puñetazo capaz de demoler una cabaña.

—¡Un momento!—advirtió Dan, acudiendo en auxilio de su apabullado compañero.

—Conque quiere armar jaleo, ¿eh?—rugió el matón, y a renglón seguido su puño se estrelló contra la barbilla del pendenciero tejano.

Entre risas y gritos, Dan movió sus puños con la precisión de martinetes. Dos directos al cuerpo y tres golpes cortos en la cara dejaron sin resuello al matón en me-

nos tiempo del que se tarda en contarle. Luego recogió el sombrero, se echó el largo pelo hacia atrás y entró en el ring.

El escándalo de la breve lucha había llamado la atención de Miller. Abrió los brazos en dirección de Dan y casi lo estrechó entre ellos. Dan era su tabla de salvación.

—¿Le gustaría ganarse doscientos dólares en unos minutos?

—Me gustaría ganar una cantidad así aunque fuera en unas horas — contestó pausadamente Dan, sin saber adónde quería ir a parar.

—Quítese la ropa. Va usted a boxear con Dutch Henry.

Dan se soltó de su mano y le miró con fijera a los ojos. En los suyos no se retrataba el miedo; únicamente la cautela.

—¡Oh, no, aguarde un poco! ¡No soy boxeador!

—Pierda o gane, le doy doscientos dólares — prometió Miller, sacando la cantidad citada.

Entretanto Dan se había quitado la camisa y exhibía un torso y unos brazos bien musculados, pero que comparados con los de su contrincante resultaban demasiado delgados. Al oír el ofrecimiento de Miller levantó la cabeza.

—Lo haré por cincuenta—y añadió—: Le debemos el resto.

—¡Ah, tiene buena memoria!... Apostaré por usted.

Dió cincuenta dólares a Dan, que los pasó a Tod, pálido y ner-

vioso, y voceó que el campeón de uno de los Estados del Sur, llamado Texas Thomas, desafiaba al ferroviario, mientras Tod acusaba a su compañero de cometer un disparate que le costaría una buena paliza.

Dutch Henry miró con recelo a su antagonista y murmuró a su segundo:

—¿No será esto otra combinación de Windy?

—Procura empujarle hacia este rincón. Aquí nos cuidaremos de él.

El anunciador pregonó que aquella sería una pelea hasta el fin y de acuerdo con el reglamento estaban prohibidos los mordiscos... Al caer un boxeador terminaba el asalto y en caso de que no pudiera pisar una raya, trazada en el centro del cuadrilátero, en menos de treinta segundos, había perdido.

Dutch Henry se puso en guardia y Dan, que no tenía la menor noción de boxeo, le imitó. El muchacho golpeó el estómago del hércules, que se encogió y luego le asestó un puñetazo en la cara, pero la rodilla de Dutch le contuvo y golpeándose con furia fueron hasta el rincón del ferroviario precisamente cuando el tejano derribaba a su rival. El segundo de Dutch mordió en la pierna a Dan, que se dobló dolorido, mientras el campeón hacía de las suyas en su cara.

Tod vió la trampa, saltó hecho una furia y se arrojó sobre el traidor, a quien puso en fuga, en tanto

que Windy le amenazaba con los más horribles tormentos en caso de que reincidiera en el juego sucio.

A partir de este momento, Dan asimiló la más terrible paliza que Tod viera aguantar a nadie en su corta pero agitada existencia. El combate se podía resumir de la siguiente manera: Dan y Dutch plantaban el pie en la raya; el primero golpeaba al segundo, haciéndole girar sobre sí mismo, pero sin derribarle; se cambiaban las tornas, entonces, y Dan era llevado sin sentido a su rincón.

Dutch Henry no estaba satisfecho, ni mucho menos. No comprendía cuál era el origen de la indestructibilidad de su contrincante, quien parecía estar hecho de hierro y no cansarse del vapuleo. Este secreto era, sencillamente, el pagar a Windy la deuda contraída cuando los salvó de la multa, haciéndole ganar, costara lo que costase, su apuesta.

En el round treinta y cinco ambos pugiles se golpearon al unísono y se desplomaron sin sentido, mientras sus segundos se apresuraron a recogerlos y llevarlos a su rincón, rociándolos con agua abundante. Al final del treinta y nueve round, Dan estaba, como se dice vulgarmente, en el limbo.

Windy Miller sintió lástima de que desperdiciase en tan tonta ocasión su valor y se aproximó al tejano, que parpadeaba, aunque impotente para fijar su vista.

—¡Eh, Texas! ¿Quieres dejarlo?

—Pero, ¿qué pasará con sus apuestas si lo dejo?

—Para que gano, claro está. Supongo que no creerías que iba a apostar por tí.

En aquel momento voceó el árbitro el comienzo del round cuarenta.

—¿No? ¡Va a arrepentirse de no haberlo hecho!

Saltó hecho una furia al centro del ring, temblando de excitación. Se puso en guardia, golpeó a Dutch y cuando éste giraba sobre sí mismo, se precipitó sobre él, repitiendo sus puñetazos, levantándolo del suelo, volviéndole a tirar, despreciando los avisos de todo el mundo para que lo soltase. En vista de que no obedecía, el público se dividió en dos bandos, se precipitó en el ring e intervino en la pelea, aumentándola con su aportación personal.

Los tejanos escaparon y no pararon de correr hasta llegar al lugar en donde estaban sus caballos. Dan se puso la camisa y Tod montó en su caballo, mirándole vacilante.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Esos cincuenta dólares son el mejor ungüento.

Tod tragó saliva con visible esfuerzo.

—Danny... No tenemos los cincuenta dólares.

—¿Cómo? — gritó Dan, dejando de abrocharse la camisa.

—Pues... los aposté por Dutch Henry.

Y picó de espuelas alejándose de su amigo, que saltó sobre su caballo farfuleando irritado.

En el ring sólo quedaba una persona, agarrada a las cuerdas. Y era el invencible Dutch, que aun no había caído del todo al suelo.

CAPITULO II

LA HUIDA

Dan y Tod cabalaron durante una semana por las más inhóspitas y desiertas tierras. Por fin, cierto día, detuvieron sus cabalgaduras en la cima de un altozano, que dominaba un amplio valle por donde corría un camino polvoriento: cruzaron las piernas sobre las sillas y lanzaron una aprobadora mirada en torno suyo.

—No hace falta preguntar qué Estado es éste—murmuró Tod.

—Es muy grande. ¿Te das cuenta que hace una semana que cabalgamos sin ver a un ser humano?

—Sin embargo, resulta apacible después de cruzar tierra india.

—Quisiera, Tod... Podían haber puesto un poste indicador...

Pero aquí acabaron los comentarios, ya que sus agudos ojos descubrieron en el fondo del valle una diligencia que corría desenfrenada. Dan la indicó a Tod y la contem-

plaron con curiosidad, justificada en este caso, porque tras de ella galopaba un grupo de jinetes que dispararon hasta que lograron detenerla. Y respecto a sus intenciones por si los tiros no hubieran bastado, las relataban los pañuelos que enmascaraban sus rostros.

Unos bandidos se encargaron del mayoral y de los caballos y otros tres se apostaron junto a la portezuela con las armas enarboladas, ordenando a los ocupantes del vehículo que descendieran con las manos en alto.

Así aparecieron dos hombres y una mujer, todos de cierta edad, y mientras el más corpulento temblaba, el otro, un hombre regordete y mal fofetado, protestó:

—Podrían habernos parado en la sombra.

—Cálllese — advirtió el bandido que capitaneaba—. ¿Quién de vos-

otros es el comprador de ganado de Nueva Orleans?

Los tres personajes enmudecieron súbitamente y el jefe se impacientó.

—¡Registradles!

Descabalgó un bandido entrado en años, mal disfrazado por su pañuelo, del que sobresalía una enorme nariz, e introdujo su mano en los bolsillos del hombre regordete, exhalando a continuación un quejido. Mostró su mano sobre la que se habían cerrado las simuladas mandíbulas de una dentadura postiza.

—No se lleve esos dientes. He hecho un viaje a Kansas a buscarlos para la señora Mac Lave... Le hacen mucha falta.

—¿Es usted dentista?—preguntó el sorprendido forajido.

—No creerá usted que son para un caballo, ¿verdad?

—Hombre... no sé qué decirle...—replicó el charlatán.

Fué necesaria una orden para que interrumpiera la conversación y pasando por alto a la mujer, que únicamente una imaginación desordenada podía suponer tratante en ganados, se encararon con el segundo hombre y le despojaron de un cinturón bien repleto.

—¿Cómo sabía que yo era el comprador?

—Eso es lo de menos—afirmó el jefe—. Vuélva a la diligencia.

Los asaltados obedecieron la indicación y pocos momentos des-

pués el vehículo corría en un sentido y los bandidos en otro, los cuales animaban la carrera con unos cuantos disparos.

Dan y Tod no se movieron durante el atraco, que observaron meditando, y así que hubo terminado el atropello, Dan se volvió a su amigo con los ojos chispeantes.

—Lo saben hacer, ¿eh?

—Sí.

La contestación no fué humorística, porque Tod había descubierto en su camarada cierta propensión a admirar los métodos violentos, así como los medios de adquirir sin trabajar lo sudado por los demás. Pero esta impresión suya, como no tenía justificación, fué rechazada en el acto.

—Vamos para allá—insinuó Dan.

Bajaron al valle y rastrearon las huellas de los criminales.

Los bandidos estaban en una cañada disimulada y descargaban sus reconvenciones sobre el que había tenido sus dedos apesadados por la dentadura, en aquel momento ocupado en tañer una flauta.

—Tú siempre andas haciendo alguna cosa así — dijo Comstock, el cabecilla.

—¿Sí, eh?... Yo estaba harto de asaltar diligencias cuando tú andabas en pañales.

—Si no te hubiera parado, aun estarías discutiendo con ese sacamuélsa.

—Pues un caballo puede llevar-

los postizos... me acuerdo perfectamente de cuando yo estaba...

Comstock le interrumpió suponiendo que todo era posible en Tennessee, lugar en que había nacido el charlatán, cuyo nombre llevaba. Uno de sus compañeros le preguntó el por qué el jefe les había citado en aquel lugar, pero se encogió de hombros, escuchando la musiquilla de la flauta.

—No sé por qué lucharon tanto los tejanos para hacerse aquí los amos—dijo el músico—. Es el suelo más duro del mundo.

—¿Y dónde lo hay más blando?—se alzó Comstock, que era tejano.

—Tenemos la tierra tan blanda en Tennessee que la usamos para rellenar almohadones, ¿sabes?

Nadie se molestó en contestarle y volvió su atención a la flauta, en la que sopló hasta que un objeto duro y redondo surgió de las matas, situadas a sus espaldas, y tropezó con sus costillas. La experiencia le indicaba que el objeto era un revólver y... se quedó sin aliento.

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Vamos, en pie!—ordenó una voz seca y perentoria.

Dan brotó de las matas con sendas armas en cada mano y se encarró con ellos. Todos le obedecieron mecánicamente y con un gesto de impotencia, pues sólo un suicida se hubiera atrevido a empuñar las armas frente a un hombre tan decidido como el muchacho y que, tam-

bién, tenía el aspecto de saber manejarlas rápida y certeramente.

—¡Andando y sin bajar las manos!—agregó.

Tod se encargó de los dos bandidos más alejados y pronto estuvieron todos formando un grupo indefenso e iracundo. El mismo Tod les arrebató, con las debidas precauciones, los revólveres, mientras que Dan avanzaba hacia Comstock y desataba el cinturón.

—¿Quién sois?

Dan anunció burlescamente, acabando de apoderarse del cinturón:

—Un par de forasteros que van de paso. Bueno, ahora al suelo.

Entendieron qué deseaba y se tumbaron boca abajo. Comstock volvió la cabeza clavando sus ojos en el rostro de Dan y procurando que sus facciones quedaran grabadas en su memoria. Además, intentó ganar tiempo.

—¿No podemos llegar a un acuerdo?

—Debíamos repartirnoslo. Sería mucho más honrado—empezó Tennessee, pero un empujón terminó su protesta.

Dan, sin volverse hacia Tod, que estaba expectante, dijo:

—Bueno... Espanta a los caballos.

Así lo hizo lanzando agudos alaridos, que ahuyentaron a los caballos, matando la última esperanza de los forajidos de poder perseguirles y cortarles el camino. En

los ojos de los despojados se vió una alabanza, porque a pesar de todo sabían apreciar un trabajo bien hecho.

—Nos volveremos a ver algún día—prometió Comstock.

—A ver si llevas tanto dinero—fué la réplica burlesca de Dan, desde lo alto del caballo.

Galoparon hasta el mediodía y de esta manera alcanzaron unas praderas, sobre las que caía despiadado el sol. Ni un árbol, ni una roca había; las lomas se desarrollaban ondulantes hasta lo lejos; únicamente las matas grises daban una nota de color al paisaje. El hambre atenazaba el estómago de ambos muchachos.

Dan salió del acostumbrado mutismo de los jinetes y detuvo su caballo:

—No creo que haya una ciudad en todo el Estado de Texas. Estamos cargados de dinero y no tenemos en qué emplearlo.

Nuevamente se encendieron las sospechas de Tod.

—Oyéndote hablar de ese dinero cualquiera diría que era tuyo.

—Escucha, Tod. ¿Por qué no vamos a...?

Pero un grupo de becerros dominó con sus mugidos el final de su proposición, retrasando hasta más tarde el descubrimiento de los propósitos que habían de matizar su futura conducta. Los ojos se les desorbitaron.

—Por lo menos comeremos.

Dan fué de su mismo parecer y le indicó unas matas mientras espolcaba a su cabalgadura:

—Enciende el fuego. Yo cogeré una res — le pasó el cinturón del tratante de ganados—: Guarda esto.

Desapareció en pos de las reses, separó a una del tropel y su faz la apresó. Durante la captura, Tod amontonó unas ramas secas y se aplicó a encender el fuego. No obstante se enderezó al oír el golpear de unas herraduras.

No, no era Dan. Un grupo de ceñudos jinetes le rodeó por todos los lados, ordenándole levantar las manos. Inconscientemente obedeció y sintió algún alivio al no reconocer entre ellos a ninguno de los bandidos. Un hombre de pelo entrecano desmontó de un salto con cara de pocos amigos. En el pecho de su chaleco brillaba la estrella de plata de Justicia.

—¡Ah! ¿Ea usted el sheriff, eh?

—Acertaste — respondió lacónicamente.

Uno de los acompañantes del representante de la Ley lo desarmó y otro registró las alforjas de su caballo, de las que extrajo el famoso cinturón.

—Aquí está el dinero robado.

—Pues claro que está ahí—manifestó Tod.

—¡Lo confiesa! ¿Y el resto de la cuadrilla?—preguntó el sheriff.

Había tal amenaza, tal acusación en su voz que Tod se percató del error que estaban a punto de co-

meter, idea que puso lívido su semblante.

—Aguarde un poco... yo no robé la diligencia.

Unas risotadas sardónicas conmovieron al siniestro grupo. El sheriff adoptó una expresión inocente, tanto más desagradable cuanto encerraba una horripalante ironía. Hizo un ademán y el círculo de hombres se estrechó, desenrollando un lazo, en tanto que el representante de la Ley decía con sorna:

—Supongo que irás a decirme que asaltaste a los bandidos.

—Eso mismo hice.

—¿Dónde hay un árbol?

El significado de la pregunta era demasiado claro para que Tod no se diese cuenta de que iban a poner en práctica el sumarísimo expediente empleado en aquella época para librarse de los malhechores. Y protestó en vano; luego enmudeció, resignándose con fatalismo a su destino.

El árbol exigido por el sheriff no aparecía por ninguna parte y el digno funcionario dejó estallar su desilusión:

—Siempre me ocurre igual... Quiero colgar a alguno y no hay un árbol cerca.

—Sí. Hay un roble a una milla de aquí—le tranquilizó un satélite.

Tod lanzó una desesperada mirada a los contornos, de los que Dan parecía haberse esfumado al oler el peligro. Siguió, quieras que no, a

sus captores, maldiciendo la cobardía de Dan, aunque por otra parte, poco o nada habría podido hacer él solo contra tantos.

Pero no estaban justificados sus reproches. Dan surgió de unas matas hasta las que se había arrastrado con el sigilo de un píxel roja, con los labios firmemente apretados y con la frente arrugada por el esfuerzo mental.

El tránsito hasta el roble fué de corta duración. Dos hombres descabalgaron y enviaron el lazo sobre una gruesa y resistente rama. Luego esperaron. Mas Tod había recobrado nuevamente su amor por la vida y atronaba sus oídos con sus protestas.

—No pueden ahorcarme sin juicio.

—Como sheriff y juez de paz te hallo culpable y te condeno a morir ahorcado. Monta a caballo.

Tod anduvo remiso en obedecer y varios pares de vigorosas manos le colocaron sobre la silla y pasaron el lazo en torno de su cuello. El asistente del sheriff contempló el árbol con admiración y comentó:

—Se dice que este árbol lo plantó aquí hace cuarenta años David Chochoff.

Esta apreciación no contribuyó a tranquilizar al reo, que insistió en que él no había asaltado la diligencia:

—¿Por qué no se lo preguntan al cochero?

—Yo soy aquí el tribunal y sólo admito pruebas. Tú tenías el dinero, ¿no?

Ya era suficiente. Levantó su mano y Tod cerró los ojos. Súbitamente se escuchó el redoblar de unos cascos de caballo corriendo a galope tendido y llegó Dan gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Los indios, los indios!

—¿Dónde?

—¡Vienen detrás de mí a centenares!

El sheriff se puso en movimiento, desaligando las manos de Tod y entregándole su revólver; a continuación montó a caballo, diciendo:

—Toma... Te suelto bajo palabra.

¡A la colina todos! ¡Vamos, muchachos, vamos!

Los hombres se abstuvieron de seguirle en su precipitada fuga y eran, no hay que decirlo, los tejanos, que salieron disparados en dirección opuesta, espoleando a sus corceles.

—¿Has visto cómo se lo han creído?

Pero no duró mucho el engaño, pues el sheriff, al parapetarse en la colina aludida, vió que su preso y el informador se dirigían, precisamente, al lugar en donde esperaba distinguir de un momento a otro los penachos de los pieles rojas.

—Fue una estratagema. ¡A ellos!

Poco a poco fueron acortando la distancia que les apartaba de los

dos muchachos, cuyos caballos, agotados por tantos días de caminar, disminuían su velocidad. Las balas rebotaban cercanas, dando la voz de alarma a los tejanos. Subieron una colina y la bajaron; al pie de ella, Dan refrenó su cabalgadura y dijo, poniendo la mano en el hombro de su amigo:

—Hemos de separarnos, si no nos alcanzarán. Algún día nos volveremos a ver. La tierra es pequeña...

Tod sintió un nudo en su garganta.

—No eres gran cosa, pero te voy a echar de menos.

—Yo tampoco te olvidaré—aseguró Dan—. Buena suerte.

—¡Adiós, Danny, hasta la vista!

Dan dió una palmada en su hombro y clavó sus acicates en los ijares del caballo, mientras Tod hacía lo mismo. Como había supuesto, el grupo capitaneado por el sheriff se dividió en dos partidas y, por una razón desconocida, la más numerosa echó tras de él.

El terreno se hacía abrupto por momentos y, si bien era más adecuado para burlar la vigilancia y persecución, asimismo disminuía el ímpetu de la carrera. En una de las revueltas alrededor de una roca aislada casi tropezó con sus perseguidores. Más tarde, cuando había aumentado la ventaja, encontró su paso cortado por el cauce de un río.

Únicamente podía hacer una co-

es, puesto que volver atrás equivalía a suicidarse, y la puso en acto sin la menor vacilación. Desmontó y, después de zambullirse en el río, nadó bajo el agua, de manera que, cuando llegaron los auxiliares de la Justicia, sólo encontraron al caballo contemplando sorprendido las aguas reverberantes.

Dan permaneció emboscado entre los juncos, mientras sus perseguidores estuvieron al atisbo en la orilla opuesta. Trepó, a continuación, por el talud y salió a una llanura, atravesada por un camino de herradura que pasaba a pocos pasos de la corriente, y descansó.

En apariencia su situación había mejorado, pero sabía de sobra que no se podía dormir sobre los laureles, puesto que no sería extraordinario que la captura prosiguiese y, en caso de que así no fuere, un hombre sin caballo en el país podía considerarse como perdido.

Y el cielo se apiadó de él. En la lejanía se dibujó la forma de un carricoche ocupado por dos personas. Allí estaban las cabalgaduras que necesitaba. Se puso al acecho encogido al pie de un árbol e inesperadamente apareció en el camino, apuntando con su revólver a los descuidados ocupantes.

—Hagan el favor de bajar.

Hank no se hizo repetir dos veces el aviso. No así Mike, la cual cerrando su elegante sombrilla blanca, contempló con desprecio al saltador, que casi se arrepentía de

su atrevimiento al mirar a su enfurruñado y lindo rostro.

—Pero ¿qué va usted a hacer?

—Lo siento, jovencita, pero necesito un caballo.

—Pues no se lo llevará—se obstinó la joven.

Dan perdió su escasa paciencia y se acercó al carricoche, dispuesto a animarla con un tirón, pero Mike cruzó con el látigo el lomo de los corceles y el coche arrancó como una sarta, teniendo Dan el tiempo justo para asirse de la parte trasera. Después de ser arrastrado un centenar de metros y con un esfuerzo hercúleo, se sentó en los sacos, que llenaban el lugar aludido, y de allí pasó al pescante, con gran disgusto de la muchacha.

De un empujón la envió sobre la carga y cogió las riendas. Los caballos se habían desbocado y salido del camino, imprimiendo las desigualdades del terreno unos espantosos saltos y traqueteos al vehículo. Mike no cedió y se apoderó de la pistola del atareado Dan, clavándose en la espina dorsal, al tiempo que gritaba:

—¡Salte!

—Escuche, joven, andan persiguiéndome. Si me cogen me matarán por una cosa que no he hecho.

—Pues yo podría matarle por lo que ha hecho ahora... ¡Salte!

Los caballos no respondieron al tirón de Dan y el carricoche se bamboleó a más y mejor, haciendo pender de un hilo la vida del teja-

no, Mike se arrodilló detrás de él y daba golpes en su espalda con el revólver amartillado, mientras Dan oraba al cielo por que la pólvora estuviera mojada. Un bote más desordenado envió a Mike de nuevo sobre los sacos, circunstancia aprovechada por su raptor para recoger su arma.

—Pero... ¡qué mala suerte tengo!
—gimió la joven casi llorando.

Por fin pudieron hacer entrar al vehículo en el camino, de suerte que minutos después llegaron a un poste indicador, en donde Dan paró el carricoche. Mike, cuyo furor no había amainado, saltó con tan mala suerte que un borde de su vestido quedó enganchado y cayó sentada.

—No había visto nunca hacer tantas cosas mal en tan poco tiempo—se rió Dan, aproximándosele.

—Mire, lo que yo haga no es cuenta suya. Déjeme en paz... Me encuentro muy bien.

Esta fué la respuesta a su movimiento de ayudarla a levantar.

—Pura... está encima de un hor-miguero.

En seguida notó los efectos de su asiento y quiso ponerse en pie, pero estérilmente, de modo que Dan la ayudó a levantarse, retrá-sándose en libertar a su dulce carga, que protestó, como es natural. Una vez acomodada en el pescante y con el látigo en la mano, Dan la miró descaradamente.

—Le devuelvo su coche. Haré a pie el resto del camino.

—¡Ojalá se rompa una pierna!—fué el despiadado agradecimiento.

—Gracias por traerme aquí... y otra cosa... Es usted muy bonita.

Cuando Mike, hecha un ciclón, entró en el rancho de su padre, se llevó la segunda sorpresa del día al llamar a un jinete que limpiaba un caballo. Este era Tod, que había ingresado en el rancho aquella misma tarde y que, tras de unas palabras explicatorias, dijo:

—No sé si sabe usted^o que tiene una mancha en la cara.

—Si a usted le hubieran zarandeado tanto en este carricoche como me han zarandeado ahora, también tendría la cara manchada.

Esbozó Tod una cortés pregunta, que eludió Mike, con lo que el muchacho desconoció la suerte de su amigo. Después de unas palabras sobre los caballos, la joven se presentó:

—Soy Mike King.

—Es un nombre muy raro para una chica. ¿Cómo le dieron ese apodo?

—No es en realidad un apodo. ¡Es Miguel!

—¡Ah! Eso fué una mala jugada que le hicieron sus padres... Quiero decir que... estarían esperando un niño, le escogieron nombre y en su lugar se presentó usted.

—¡Sí... es verdad!—dijo riéndose.— ¡Oh, casi me olvidaba! Cuan-

do acabe, monte a caballo y vaya a orillas del río, a seis millas de aquí, a recoger a Hank.

—Está bien... ¿Quién es Hank? ¿Su hermana?

—No. Es nuestro capataz.

—¿Me permite que la ayude?— dijo Tod, ofreciéndose a ponerla en el suelo.

Como había algo en Tod que le diferenciaba de los demás jinetes, se lo concedió y se despidieron encantados de haberse conocido. Pero otra vez, en un día lleno de ridículos, el ridículo se repitió. Su

amplia falda se enganchó en un asiento del carro, desgarrando por completo tan importante parte de la indumentaria.

—¡Oh! — profirió apurada antes de echar a correr.

La rabir se había apoderado de ella, porque a pesar de su nombre viril, Mike era muy femenino... y, por dos veces, y ante dos hombres distintos, uno odioso y el otro simpático, pero que le habían gustado por igual, había tenido una salida grotesca, semejante a la de los payasos en el circo.

CAPITULO III

EL DENTISTA

Cuando Dan pisó la calle principal del pueblo de X, no le fué difícil encontrar, mejor dicho, dirigir una hambrienta mirada a la taberna, puesto que la población parecía hermana gemela de otras muchas. Quizá por eso no malgastó su atención, o quizá por haber descubierto cierto letrero en la entrada de la taberna que prometía comida de balde a cualquiera que entrara en el establecimiento.

Ni corto ni perezoso, sin lanzar una ojeada prudencial, cruzó por entre las mesas hasta llegar a aquella que estaba ofrecida a los hambrientos y con una generosidad que puso los pelos de punta al tabernero se sirvió pan y carne, formando un monumental bocadillo.

Como desconocía la ley no escrita del local, su dueño se la comunicó, en medio de grandes risotadas.

—¡Oiga, amigo: la comida es gratis cuando se bebe! — y no haciéndole caso Dan, repitió con más fuerza: — ¡Oiga! ¿Es que no me ha oído?

—Sí, le he oído—contestó Dan, prosiguiendo la devastación.

—¿No tiene dinero?

—No.

Y mientras exponía a la llama de un mechero de alcohol el asa de un bock de cerveza, movimiento que disimuló, el tabernero dijo con inocencia:

—¿Por qué no lo dijo? Esta población es muy hospitalaria. Jamás se nos ha ocurrido echar de ella a los que tienen hambre o sed. Si come gratis, ¿por qué no ha de beber gratis también? Venga a echar un trago por mí cuenta.

Dan agradeció el ofrecimiento y con la boca llena agarró el bock que le ofrecían, para soltarlo con un gemido de dolor. El tabernero, cambiando de tono, le señaló la puerta de la calle, rugiendo que se marchara, siendo coreado por las risotadas de los bebedores.

Y en lugar de hacerlo, Dan, de un ágil salto, salvó el mostrador, siendo la primera noticia que tuvo el tabernero de su ira la desgastada pero dura planta del calzado del

ofendido. Nadie se molestó en averiguar qué ocurría tras del mostrador, que ocultaba la pelea, pero era de suponer que el atrevido lo pasaba mal, ya que chillaba como si le desollasen.

El sheriff penetró en la taberna en aquel preciso momento, exigiendo una cerveza para apaciguar la sed despertada por la cabalgata matinal. Dan, al oír su voz, se enderezó, mas fué tardío su movimiento de llevarse la mano al bicornio. El sheriff le apuntaba con ferrox alegría.

—¡Manos arriba!... Indios, ¿eh? Eres muy listo. ¿Quién es el listo ahora?

—Pero escuche, sheriff...

El funcionario no quería escuchar nada. Estaba rodeado de sus hombres y de curiosos y la gloria se le había subido a la cabeza. Ordenó a Dan que saliera de detrás del mostrador, aunque el tejano no le obedeció, puse entre excusa y excusa, aproximó la culata de su revólver a la llama del mechero de alcohol.

En resumen, que el sheriff dió la vuelta al obstáculo y puso la mano en el mango, exhalando un alarido de dolor. Dan aprovechó la sorpresa para apresarle por la cintura y arrebatarle la pistola de paso, que le clavó en las costillas.

—Vamos, dé la vuelta... Ahora, atrás todo el mundo. ¡Aprisa! Si apreciáis al sheriff no intentéis nada.

—No, muchachos, no intentéis nada.

Y arrastrándole pegado contra su cuerpo, contuvo a los bebedores, alcanzando la puerta sin ningún percance. Ya estaba a punto de salir, cuando la entrada fué ocupada por un hombre regordete, el dentista que aquella misma mañana ocupaba la diligencia.

—¡Quítese del paso!—gritó Dan.

—No discuta con él, Doc; está apuntándome con el revólver—apoyó el sheriff, advirtiendo su inmovilidad.

Doc, el dentista, no se conmovió ni poco ni mucho con la noticia y se quedó en donde estaba, observando de pies a cabeza a Dan.

—No parece peligroso. ¿De qué le acusan?

—De haber asaltado la diligencia—balbució el sheriff.

Dan le encañonó, creyendo que la dilación era una estratagema, y le exigió paso franco. Doc ni siquiera le prestó atención y mirándole fijamente, tuvo una contestación asombrosa:

—Aguarde usted un poco. Se ha equivocado de hombre, sheriff. Ese no fué el ladrón.

—Le encontramos lo robado a su compañero. No irá a decirme que lo encontré en un árbol.

—Es curioso...—comentó el dentista, rascándose la barba—. Yo iba en la diligencia y él no era de la cuadrilla.

—¿Cómo lo sabe? ¡Iban enmascarados!

—Un pañuelo sólo tapa la cara, pero no cambia la voz ni cambia la forma de la cabeza. Y ese chico no estaba entre ellos.

La declaración produjo un silencio impresionante, aprovechado por Dan para inclinarse sobre el sheriff y preguntar:

—¿Qué le parece?

—Si Doc lo dice, creo en su palabra.

Aunque no convencido del todo, claudicó y recibió el revólver de parte de Dan. Doc cortó las frases de agradecimiento del tejano y le guió hacia el mostrador, convidándole a beber una copa. Mientras el tabernero les servía de mala gana, el dentista sesteó sus ojos contra el joven, a quien se le antojó que el hombrecillo podía ser... una persona de cuidado.

—Sí que le parecería sospechoso al sheriff encontrarle el dinero a su amigo después del robo. ¿De dónde lo sacó?

Dan le narró brevemente lo sucedido, pero fué interrumpido por el tabernero que, depositando las bebidas frente a ellos, exclamó, enseñando su despoblada encía:

—Oiga, Doc... ¿puedo hacerle una visita esta tarde?

—Sí, cuando quiera — replicó el dentista sin mucho entusiasmo y luego siguió preguntando a Dan: ¿Iba usted a devolver ese dinero?

—Mi amigo pensaba hacerlo—dijo con reticencia Dan.

—Pero usted se largaba con él, ¿eh?

—Claro que sí... hasta que el sheriff me lo quitó — respondió con franqueza.

—Me gusta la gente así de honrada—le alabó Doc, cosa que le dió que pensar—. ¿Cómo se llama?

—Dan Thomas. ¿Y usted?

—Thorpe, Buford Thorpe. Llámame Doc. ¿Vive por aquí?

Dan respondió lacónicamente al diluvio de interrogaciones que siguió a esta pregunta. En aquella época, el que le preguntasen a uno al dedillo por su vida y andanzas, podía significar dos cosas: ganas de buscar camorra, o bien bondad pura y simple, mezclada con algún interés oculto.

—¿Qué clase de trabajo hace?—fué lo último que dijo Doc.

—No tengo preferencias. Lo que me dé de comer.

Súbitamente, sin duda satisfecho del interrogatorio, el dentista cambió de conversación e hizole abrir la boca, en donde introdujo un dedo como una morcilla.

—Aguarde un poco. Abra la boca... Abrala más—luego hizo señas que la cerrara—. Sí señor, no falla nunca. Lo conozco por el aspecto de los ojos. Una bicúspide picada. Y esa es una de las peores bicúspides que he visto en treinta años de dentista. Apuesto a que nunca le ha dolido esa muela, ¿verdad?

—No.

—¿Lo ve? Así está de mala. Es una de esas muelas que se hacen polvo de golpe. Acompañeme a la clínica y se la dejaré nueva. Apunta eso en mi cuenta.

Esto último se refería al tabernero, que les vio marchar con una mueca de amenaza. Cruzaron la calle, subieron una escalera y el Doc abrió su clínica, que si bien no era un establecimiento modelo, considerando lo salvaje del lugar, se podía considerar como un milagro de buena voluntad.

Hízole sentar en el sillón y Dan se puso a su entera disposición, no sin experimentar algún recelo.

—¿Sabrá usted hacerlo?

Y el sorprendente dentista confesó, acercando una lima a su boca:

—Soy el mejor dentista de la ciudad. Y sólo hay dos maneras de serlo. Una de ellas es trabajar mejor que nadie y, la otra, ser el único.

Después de esto se entregó de lleno a su trabajo, aun cuando no tardó en volver a hablar lanzándole aquella inquisitiva mirada que ya le había sorprendido para un hombre de su condición.

—Al que ha sido soldado le cuesta mucho trabajo ganarse la vida. Todo el mundo le trata bien durante la guerra, pero cuando ésta se acaba no hay sitio para él. Va dando tumbos de mal en peor. Es mala cosa para un muchacho joven.

Acaba haciéndose un amargado y aqueándose de la sociedad.

—Sí, eso es verdad — concedió Dan.

A pesar de que el taladro le hacía zumbar la cabeza, estaba seguro de no equivocarse al pensar, en tanto que sus manos se engarabataban en los brazos del sillón, que el dentista tenía un secreto propósito y... que le parecía saber cuál era.

—Va a haber mucho movimiento de ganado en esta comarca, ahora que está terminado el ferrocarril de Abilene.

Dan levantó la cabeza sorprendido. ¿Cómo podía saber el dentista que estaba terminado el ferrocarril, si únicamente el día anterior había sido inaugurado y él había llegado de Kansas?

—¿Quién le ha dicho que está terminado el ferrocarril?

Doc miró reflexivamente la punta de su taladro, como si hubiera encontrado en ella un tropiezo, y murmuró:

—¿No lo está? Me parece recordar haber leído en alguna parte que iban a terminarlo este mes. ¿No lo han terminado aún?

Dan se dejó caer contra el respaldo del sillón. Era demasiado lleto para delatarse a una persona que hablaba con tanta ingenuidad.

—No lo sé. Eso preguntaba.

Con esto los dos supieron a qué atenerse. Y no conversaron más hasta que el joven lanzó un gemi-

do de dolor, llevándose los dedos al carrillo.

—¡Oh!

—¿Hace daño?

—Otras cosas me han hecho menos — respondió, atenazando sus manos en los barrotea.

—Este taladro está despuntado. Tendré que comprar otro nuevo... ¡Ya está!—anunció pasándole una botella de whisky—. Ahora se presenta una oportunidad de ganar mucho dinero en este pueblo, si puede uno sacar de aquí ganado.

Dan escupió en un sitio indeterminado, bebió un trago y el dentista hizo otro tanto antes de guardar la botella.

—¿Tan difícil es eso?

—Parece serlo—afirmó abriéndole la boca—. Ya está. Apriete los dientes unos contra otros y rechínelos. Eso es... Escupa los pedaroca.

La operación había concluido; sin embargo, Dan no se levantó, decidido a llegar a la parte que le interesaba. El dentista le dirigió una de sus extrañas ojeadas.

—Bueno, pues creo que aun podré encontrar trabajo.

Su interlocutor le dio la espalda para sacar sus instrumentos o así lo creyó Dan, que aguzó el oído para escuchar sus palabras.

—Sí... sí que podrá, si sabe dónde buscarlo...

Sonaron unos golpes en la jamba de la puerta y ambos miraron en aquella dirección, en donde estaba un hombre alto, tocado por un

sombrero en otro tiempo gris, ahora casi blanco por el efecto del sol, y vestido con una levita, que proclamaba en él al ranchero acomodado. Su cara, larga e impassible, estaba animada por dos ojos centelleantes e incoloros que tenían la firmeza de dos agujas.

—¡Hola, Matt!—saludó Doc.

El recién llegado, al ver a Dan, que le miraba de hito en hito, dió dos pasos atrás, simulando un titubeo que estaba muy lejos de sentir.

—¿Quiere que vuelva más tarde, Doc?

—No; ya hemos terminado. Pase. Joven, le presento a Matt Lasham. Tiene tantas cabezas de ganado como el que más. Dan Thomas... El y su amigo son los que sorprendieron a los salteadores y salvaron el dinero.

Una cordial sonrisa conmovió la boca de Lasham, quien ofreció su mano sin demostrar otra cosa que admiración por el hecho que le anunciaban.

—Fue una faccña magnífica.

Doc hizo un guiño a Dan, que estaba expectante y algo turbado por el cariz de la conversación.

—Sí, este muchacho es todo valor y actividad. Lo único que le ocurre es que no ha podido encontrar trabajo y está disgustado.

—Pues yo creo que podría encontrar algo por aquí.

—Usted mismo va a necesitar más gente ¿no? —puntualizó el dentista—. Ahora que hay que llevar todo el ganado a Abilene, ¿por qué no lo emplea?

—No es mala idea—se volvió el hacendado a Dan—. Si puede aguardar hasta que Doc me arregle la boca, lo discutiremos.

—Gracias — dijo Dan, buscando su sombrero.

—Sí, aguarde ahí dentro—señaló el dentista—. Siéntese en el sillón, Matt.

En tanto que el ranchero lo hacía, Dan dió azorado unas vueltas a su sombrero. Doc le observó extrañado por aquel súbito ataque de timidez.

—Doc... quería decirsele... Tendré que... pagarle con mi trabajo. No tengo dinero.

—Bueno, me pagará del primer sueldo que cobre.

Dan desapareció hacia la habitación indicada. Lasham y Doc esperaron a estar solos, tras de lo cual cambiaron una mirada de inteligencia; entretanto, el dentista cogió un instrumento y lo metió en la boca de su paciente, con quien debía estar en muy buenas relaciones, puesto que pegó amistosamente sus labios a su oreja derecha, para decirle únicamente:

—¿Qué tal te van los dientes postizos?

—Pues mire, Doc, éste de la derecha, me parece...

Y lo demás fué un murmullo inaudible para el oído más agudo.

. . .

En el rancho que Matt Lasham había indicado a Dan como el suyo, en la parte que formaba el dormitorio de los vaqueros, un grupo de individuos, tratando de taladrar con sus ojos la penumbra originada por una lámpara agonizante, protestaban contra la serenata que uno de ellos daba con la ayuda de una flauta.

Si tenían o no razón, es algo muy discutible, puesto que el músico parecía estar muy satisfecho de su habilidad, abominada por sus compañeros, y seguía deleitándose en el producir notas, a pesar de la tempestad de murmullos que levantaba.

—Oye, Tennessee, ¿quieres tú aprender algo nuevo? Siempre tocas la misma canción y estoy harto de escucharla.

El músico apartó la flauta de su barbilla y replicó con toda la dignidad compatible con una camiseta horrorosa, una nariz y bigotes

enormes, que aquella misma mañana se habían fruncido de espanto bajo la amenaza de los revólveres de Dan y Tod:

—Una vaca muge lo mismo siempre y no te cansas de oírlo.

Fué tan lógica la salida que por un momento emudecieron. Comstock, sin embargo, volvió valientemente a la carga, justificada por dos o tres pifias consecutivas.

—Pero no tengo que dormir en el mismo cuarto que una vaca.

—No podrías, aunque quisieras... No te dejaría la vaca.

Lo cual era dar la razón a sus disgustados compañeros, que se agitaron en las literas presas de un ataque de hilaridad y Tennessee atacó unas notas altas con gran estolcismo.

La desvencijada puerta del departamento de los vaqueros se abrió y penetró en él Dan, que se apoyó en la hoja, intentando horadar la penumbra formada por el humo de la lámpara y de los cigarrillos.

—Buenas noches. Matt Lasham dijo que me alojara aquí. Soy un peón nuevo.

Unos se apoyaron en el codo y otros se enderezaron, dispuestos a hurgar curiosamente la persona del nuevo contratado. Comstock, como capataz del equipo, fué quien llevó la voz cantante:

—Entonces, entra.

Dan aceptó la invitación y se dirigió la lámpara para que todos pudieran contemplar a su sabor su rostro, porque la curiosidad del vaquero es insaciable, debida, sin duda, a los días monótonos y silenciosos pasados en el campo. Pero toda su benignidad desapareció, de la misma suerte que dejó por concluir la frase empezada al ponerse en movimiento.

—El me hubiera acompañado, pero dijo que vosotros os cuidaríais...

Había llegado a la lámpara. Su ancho sombrero impidió que la luz le deslumbrase y estudió los rostros que le rodeaban, en particular el de Comstock que era quien tenía la palabra. Y recibió, de esta manera, la mayor sorpresa de su vida, cosa parecida a lo que ocurrió al resto de los vaqueros.

—Sí, pues claro que nos cuidaremos...—empezó a decir el capataz.

Pero aquí quedó todo. Las diestras se movieron con la velocidad del pensamiento hacia los cinturones situados en la cabecera de las literas y antes, mucho antes, de que Dan tuviera tiempo de hacer lo propio, vió que su persona merecía ser recibida con las armas amartilladas.

No por eso se conmovió. Tuvo la precaución de dejar colgando

incertes sus manos, mientras que Comstock comentaba el encuentro con un sarcasmo que levantaba ampollas.

—¿Qué pequeño es el mundo!... ¿Verdad?—dijo, repitiendo sus palabras—. ¡Cuidado! ¡Deja las manos quietas! ¿Dónde están los diez mil dólares?

Dan calculó rápidamente la conducta que tenía que adoptar y dedujo que lo iba a pasar muy mal... aun en el caso de que le permitieran explicar los motivos de su explotación. No obstante, conservó la sangre fría.

—¿No podríamos hablar?

—Esta noche, no... — se opuso con significativa entonación Comstock—. Encárgate de él, Tennessee.

Este fué el segundo error que en aquel día cometió el capataz. Ten, con el revólver presto a entrar en fuego, saltó de la litera y se encaminó a Dan, que permanecía alerta, aguardando el menor error para aprovecharlo. El gracioso bandido lo cometió, en efecto.

Se interpuso entre Dan y la trayectoria de los disparos, acercándose tanto al primero que fué un juego de niños para el joven arrebatárle la pistola y escudarse detrás de él.

—¡No tiréis! ¡No tiréis que es-

toy aquí!—gulló, temblando de espanto, Ten.

Los bandidos botaron contra Dan, pero éste, al que no pasó por alto la desventaja en que se hallaba, pese a su couralla humana, de un solo movimiento sacó su revólver y disparó, acertando, contra la lámpara, que se deshizo en sílicas.

—¡Sujetadle!—rugió Comstock.

Lo que aconteció a continuación fué una tragicomedia. Se oyó el pataleo y el resollar de muchos hombres luchando en la oscuridad. La puerta se abrió un momento, permitiendo percibir un caos de cuerpos en movimiento, y Dan salió al exterior, en donde se paró, escuchando complacido la lucha de sus enemigos que para él resultaba música celestial.

—¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo!—aseguraba la voz de falsete de Ten.

Dan hizo un ademán de retroceso, amboscándose en la sombra y Lasham cruzó ante él como una centella y entró en el departamento. Su llegada fué recibida con un recrudecimiento del escándalo, sobre el que dominaba la voz de Comstock, ordenando como un demente:

—¡Métele dentro! ¡Que alguien encienda la luz!

Los golpes sordos profetizaron que Lasham estaba recibiendo la

paliza merecida por su traición. Por fin, reinó una calma relativa y sonó el raspar de una cerilla. Entre los rostros lívidos y descompuestos sobresalía el de Lasham, pálido de ira, sujeto por tres de sus hombres.

—¿Qué os pasa?... ¿Qué sucede aquí?—gritó, soltándose.

—¿Por qué no dijo usted quién era? Le tomamos por otra persona.

Dan empujó con el tacón la puerta y entró con el revólver sobre la cadera.

—¿Se refiere a mí?—se encaró con Lasham—; ¿Qué linda recepción me tenía usted preparada!

—Pero nunca creí que fuera a salirme de esta manera—confesó admirado.

—Bueno, suelten los revólveres y ahora méntense en ese rincón... ¡Vamos, de prisa!

No hubo resistencia, pues habían averiguado las proezas que Dan era capaz de hacer con un arma en la mano. Así que los tuvo en el rincón y un mazo de revólveres en su siniestra, los observó burlescamente. Lasham dió un prudente paso hacia él y exclamó:

—Aguarde un poco, Thomas, no tenga prisa. Los muchachos que trabajan conmigo tienen mucha suerte. Nos gustaría que se queda-

dase como en familia, ¿verdad, muchachos?

Comstock protestó, pero los demás quedaron convencidos, mientras que Dan se sentía orgulloso y muy a gusto entre aquella muestra de la hez de la tierra. Tennessee le ofreció la litera inferior a la suya y se presentó, tras de lo cual el risueño bandolero le relató su verdadero "oficio".

—Hablando claro somos lo que pudiéramos llamar separadores... ¿No comprendes? Separamos el ganado de sus dueños. Pero sólo trabajamos cuando alguien traslada al Norte su manada. Los asaltamos para que no puedan llegar hasta el mercado.

Dan meditó sobre el negocio, dando una chupada a su cigarrillo.

—¿Qué hacéis de las reses robadas?

—Pues les cambiamos la marca y las escondemos. Cuando el precio sube lo bastante las llevamos a vender.

—Lasham ganará mucho dinero, ¿verdad?

—Nosotros también... ¡Oh!—acabó tumbándose en la litera— Este no es país para que venga uno a él por motivos de salud.

—No...—aseveró Dan— Tampoco yo vengo por eso...

CAPITULO IV

CONSECUENCIAS

Desde el ingreso de Dan en la partida de Lasham, en la que parecía hacer falta un segundo de pelo en pecho e inteligencia despierta, se recrudeció la ola de robos de ganado en la comarca. Y por si ello no bastara, además los cuatreros aumentaron su atrevimiento hasta el punto de hacer frente, atacar e incluso matar a todo ganadero que les hiciera cara con las armas en la mano.

Naturalmente, el descontento y la alarma estuvieron a la orden del día, sin que se pusiera nada en claro. Los rancheros desconfiaban unos de otros y, además, resultaban inútiles sus esfuerzos para ofrecer una resistencia eficaz, puesto que el sheriff era demasiado poltrón, y hasta cobarde, para exponer su vida en una tarea que se le daba un ardite.

Consecuencia de su osadía y de su perfecto dominio del ganado y del manejo de las armas, Dan ascendió a un rango privilegiado en

la cuadrilla de forajidos, como también adquirió sobre sus compañeros una autoridad que posibilitaba la acción de cualquier empresa por arriesgada que fuese.

Las cosas estuvieron en esta situación durante un buen lapso de tiempo, pero por último la paciencia de unos y el miedo de otros se agotó, y dándose perfecta cuenta los ganaderos que el fin intentado por los abigeos era el clásico "divide y vencerás", determinaron, por boca de King, padre de Mike, celebrar una reunión secreta, en la que planear una ofensiva, y a la que acudieron los ganaderos más significados y de más confianza de los contornos.

Es inútil decir que entre ellos se contaba Lasham. Y asimismo Tod, capataz en aquel momento del rancho, en que todo dependía de su valor y lealtad.

La reunión, que se celebró en casa de King, apodado Dusty, no fue fácil, dado que el miedo hacia verdaderos estragos, como pronto se demostró.

—Caballeros, les he reunido en secreto aquí en mi casa, porque hemos de tomar alguna medida para protegernos.

—¡Yo ya estoy harto de todo esto! No vale la pena — gruñó Wilson.

Los demás le miraron con aprensión y esta mirada colectiva disipó algo el malestar, concediéndoles firmeza para hablar claramente.

—Lo que nos pasa es que no estamos organizados como los cuatrerros.

—No, señor. Fijense en Tounsend. Le quemaron la casa y le mataron las vacas. No quiero que me ocurra eso—protestó Blair.

—No te ocurrirá—aseguró Dusty, poniéndose en pie, con lo que los dominó—. Vamos a combatir el fuego con el fuego. Y por eso os pedí que vinierais. ¡Pero si aquí, en Texas, contamos con los mejores tiradores que hay en el país! John Wesley Harding, Clay Allison, King Fisher, Jim Courtright, Manning Clemens... y yo pienso comprar su ayuda.

—Tiene razón — se entusiasmó Mathews.

Sonaron dos disparos casi juntos y un tercero. Los cristales se quebraron al tiempo que Dusty se doblegaba sobre sí mismo antes de caer sin vida al suelo. En la oscuridad repiquetearon los cascos de unos caballos, que saltaron la cerca y se perdieron en la lejanía.

Así tuvo fin la reunión. Milke, postrada junto al cadáver de su padre, despreció a aquellos hombres que escapaban avergonzados ante sus miradas y lamentó no poder ser un hombre como Tod, o como su mismo nombre prometiera, para obtener cumplida venganza de aquel atentado.

...

No obstante, los cuatrerros salieron indemnes de aquel crimen y de los sucesivos. Un día todo el pueblo se reunió en el edificio, utilizado como salón de actos, presa de una violenta excitación. Por primera vez en mucho tiempo las sombrías nubes semejabas dispuestas a disiparse, gracias a la llegada de Windy Miller, el milagroso hombre que lo resolvía todo, por arduo que fuese.

Wilson, Mathews, Lashem y otros hacendados mataban el tiempo de la espera charlando sobre el tema fijo del ganado.

—Yo voy a marcharme a California. ¡Que vuelvan a quedarse con Texas los cuatrerros!

—¡No se vence a los cuatrerros huyendo de ellos!—despreció Mathews.

—¡No se puede vencer una cosa que no se ve!

Esta afirmación fué aprobada por casi todos y Wilson se envalentonó.

—Hace cuatro meses que mataron a Dusty y aun no han detenido a nadie. Lo único que hace el sheriff es dar vueltas y más vueltas para volver a decir: "Bueno, está visto que los cuatrerros bajaron de la región india".

—Pues no hay más remedio que seguir buscando.

—No es tan fácil que todo eso, Mathews—terció Lasham—. Si me dieran un buen precio por mis vacas, las vendía.

Casi todos aprobaron esta decisión y Lasham sonrió halagado en sus más íntimos deseos, como quien ve coronada gloriosamente la obra de una vida.

Doc se agregó a los grupos, que acudían de todas partes para entrar en el local mencionado, y ya pisaba los escalones cuando cambió de propósito al percibir a Tod y a Mike hablando animadamente, con una expresión de innegable felicidad. Lea saludó paternalmente y añadió:

—No es muy buen sitio para eso, ¿no te parece?

—¡Bah! ¿Para qué?

—Cortejar. En mis tiempos no se ponían los jóvenes a cortejar en la calle mayor. ¿Cuándo se celebra la boda?

Tod y Mike se miraron para apertar inmediatamente sus ojos, mientras que un rubor azorante cubría sus mejillas. Tod, apurado, movió los pies.

—¿Boda? — preguntó, sintién-

dose muy desgraciado de repente.

—Sí. ¿No sabes lo que es eso?

El aturdimiento de Tod subió de grado y Mike, con más serenidad, se echó a reír, siguiendo el juego.

—Aun no se me ha declarado

—¿Cuatro meses y aun no se ha declarado?—protestó Doc, desaprobándole con la cabeza—. Sabrás dirigir un rancho, joven, pero no sabes dirigiría a ella.

Tod se sintió culpable y esquivó las risueñas miradas de Mike; por último corrieron la violenta situación siguiendo al dentista, que entraba en el local cambiando saludos con los ocupantes. Era indudable que Doc era muy popular. Todos le paraban en su camino hacia los asientos y le lanzaban alegres frases que eran devueltas en el mismo tono.

—Oiga Doc, ¿por qué no nos canta algo mientras esperamos?—preguntó uno, mereciendo el apoyo general.

—No he oído tocar ese órgano desde que lo traje aquí—gritó un ranchero.

Doc se encató con él y se rascó, como era su costumbre, la barba.

—Lo oirá esta noche.

—¿Aprendió a tocar?

—No hace falta. Ya tengo quien toque por mí. ¡Eh, Mike!

La muchacha se despidió de la mujer con quien estaba hablando y siempre seguida por Tod llegó hasta él.

—¿Qué?



—¡Sois culpables los dos y os voy a multar con cincuenta dólares cada uno!—gritó el juez.



En Abilene aconteció el importante acto de terminarse el ferrocarril.



—el público asistió en dos bandos.



—Andando y tin bajar las manos.



...¿Quién de vosotros es el comprador de ganado de Nueva Orleans?



El sheriff ordenó a Dan que saliera de detrás del mostrador.



—Si me coger me matarán por una cosa
que no he hecho.



—Se ha equivocado de hombre, sheriff.
Ese no fue el ladrón.



—Si que le parecería sospecho al sheriff encontrarse
el dinero a su amigo.



Mike lamentó no poder obtener cumplida venganza
de la muerte de su padre.



—...y ahora mézclame en ese zineón. ¡Vámonos, a prisión!



Doc anunció que iba a interpretar
la "Marcha de Buffalo".



Doc y sus hombres percibieron a lo lejos la figura
de dos gigantes...



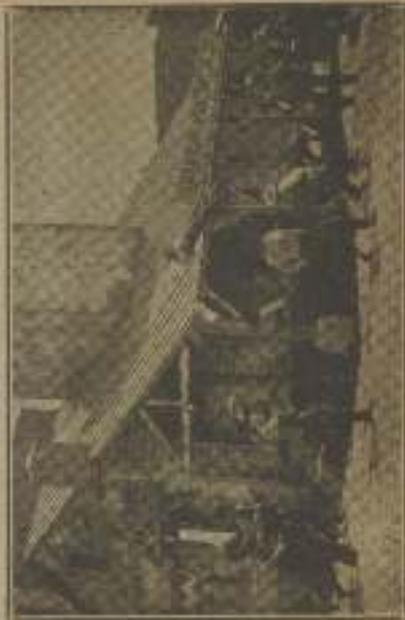
Después de la reunión de hoy, Tod se verá apoyado
por todos los rancheros de la región.



Los vaqueros y rancheros se entregaron
de lleno al júbilo.



—En te uniformes en vaiver a Texas, Lashara. Yo me
Asge cargo de todo—ismoté Dan.



—Quieren oír música, ¿se la proporcionas tú?

—Pues claro.

—Tod se encargará de dar aire. Para algo nos ha de servir.

La alusión era tan diáfana que incluso el más lerdo la comprendió. Las risas aumentaron al protestar el muchacho:

—Creí que era gratis la entrada a la reunión.

—Lo es.

—Pues a mí me hace usted pagar.

Doc subió al escenario y preparó el taburete del órgano. El aparato era soberbio y cabía preguntarse a qué capricho se debía su instalación en aquella sala. Tod y Mike se retrasaron conversando con unas personas.

Así entró también Dan con uno de sus compinches y su primera acción fué precipitarse sobre la mesa en donde había refrigerio para el hambriento y del que se sirvieron con magnanimidad.

Mike dió un codazo a Tod y le llamó por su nombre, señalándole a Dan.

—¿Ves ese hombre que lleva la chaqueta de cuero?

—Sí... ¿qué pasa? — se interesó Tod.

—¡Es el hombre que me atracó!

Tod apartó el faldón de su chaqueta, con lo que quedó visible la pistola y más expedita la acción de su poseedor. Mike no se arrepintió de su delación; al contrario,

estaba muy satisfecha de ella y engallaba la cabeza con visible orgullo al presenciar la súbita transformación de su capataz.

Pronto estuvo éste detrás de Dan y le golpeó el hombro con su mano izquierda, dejando pendiente la derecha, lo cual era muy significativo.

—Oiga... Quiero decirle unas palabras.

Dan giró lentamente sobre sí, sin abandonar el bocadillo, y se encaró con su interlocutor. El bocadillo cayó al suelo y los dos hombres se abrazaron estrechamente.

—¡Tod! ¡Muchacho!

—¡Danny... tú! Pero ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Qué es lo que haces tú?—remedó Dan, recobrando su sangre fría.

Mike, al descubrir la alegría en sus rostros, precisamente cuando esperaba una pelea, hirvió en ira, se aproximó a los dos hombres, quienes no le prestaron la menor atención, y escuchó sus frases.

—¿Cómo te escapaste? — prosiguió Tod.

—No conseguí escapar.

—Creí que te habrían ahorcado a estas horas.

Mike ya no logró contener ni su indignación ni su curiosidad. Que Tod estaba admirando al hombre que la había ofendido era tan evidente que se sintió molesta y postergada. E intervino:

—¿Qué es eso? ¡Parecís dos

Acción de Mike en el momento de atracarlo. Miller

hermanos que vuelven a encontrarse!

—Como si lo fuéramos—aseguró Tod.

—¡Vaya!.. ¡La señorita del coche! —dijo pausadamente Dan, acercándosele—. ¡Hola!

—No se acerque a mí—avisó Mike con altivez.

—¿Qué significa eso de que intentaras secuestrarla?

—¿Es eso lo que te ha dicho?— se rió Dan— Yo no quería secuestrarla. Yo sólo intentaba alejarme de allí. Tiene mala memoria.

Mike rebulló molesta bajo su insistente y serena mirada; además, porque como en el día del atraco volvía a experimentar una rara sensación de intranquilidad en la presencia de Dan. En cuanto a Tod, se estaba portando como un chiquillo que estrecha la mano de su héroe preferido; total, que no entendía nada.

—¡Ah, aquel día!.. Mike, éste es Danny, el muchacho de quien te hablé.

—¡Ah!

—Mike... siento haberle proporcionado algún coscorrón, pero me obligó su testarudez. Yo solamente quería un caballo..

—Tuvo suerte que no le diera un tiro, no le digo más—dijo volviéndole la espalda.

Gracias a la autoridad de Tod y a la insistencia de Dan, condescendió a estrechar la mano del agungo, concediéndole su amistad.. con

algunas reservas, que ella misma sabía que se disiparían ante el atrevimiento del rocién conocido. Entonces Doc pidió su asistencia para el concierto.

—En seguida, Doc—calmó Tod.—Yo voy a dar aire. Anda, ayúdame.

Dan, a quien iba dirigida la súplica, se apoderó del brazo libre de Mike y cruzó la sala con mucha frescura, asegurando:

—¡Oh, cuenta conmigo!

Recibió una mirada asesina en pago, pero no se inmutó. Doc anunció que iba a interpretar la "Muchacha de Búfalo" y requería la voz del público para el coro.

Tod sudaba como un negro dando aire. Dan, fresco como una rosa, contemplaba a través de la ventanilla, que ponía en comunicación "la sala del aire" con el ejecutante, a Mike, dirigiéndole la palabra y galanteándola como si estuviera solo. Y Mike notó que el furor desaparecía de su pecho.

—¿Saldrás?

La joven se negó con la cabeza, pero los ojos le reían. Tod quiso acallar los celos de su corazón con escaso resultado; a unísono estaba complacido de que Mike y Dan congeniasen. No obstante, ya estaba cansado de dar a la manivea.

—¿No vas a ayudarme a dar aire?

—No puedo hacerlo y mirarla al mismo tiempo—respondió Dan.

Mike ya no levantó los párpados

y Dan se encaró con su amigo, anunciando:

—Esa chica es para mí, ¿Vendrás a la boda?

La sorprendente noticia heló a Tod, quien de un tirón arrancó la manivela, deteniendo el concierto.

—Escucha, Dan; Mike no es...

Mientras ambos se apresuraban espantados a insertar de nuevo el instrumento del aire, el órgano gruñó, sollozó y se paró, finalmente, en medio de grandes carcajadas.

—¿Qué ocurre?—gritó Doc.

—No sé, se ha salido el mango—explicó Tod.

Dan, apurado, lo metió y lo agitó con ímpetu. Tod ocupó su puesto en la ventanilla, satisfecho de haberle engañado con aquella artimaña y rehusando substituirle, como exigía.

—Muy bien, ¿por qué te paras?

La canción, sin embargo, no finalizó. Windy Miller cruzó el pasillo del local y se subió al escenario, siendo saludado con grandes exclamaciones. Mike, Tod y Dan se sentaron en la banqueta del órgano. Doc y Windy cambiaron unas palabras en voz baja que dieron mucho que pensar a Dan; luego, el activo recién llegado, se quitó el sombrero de copa y se acercó a las candilejas.

—¡Cuánto me alegro de encontrarme entre vosotros! Pero ya hablaremos en plan de amigos luego. Ahora voy derecho al grano. Ya

sabéis todos por qué he venido aquí desde Abilene. Trabajé y conseguí que el ferrocarril llegara hasta allí y ahora no recibo ganado...

—El ganado no puede ir hasta el tren y no podemos mandarlo—gritó un ranchero.

—Es una razón, pero no es dáis cuenta de la falta que hace la carne en el Este desde que acabó la guerra.

—¿Por qué no nos dices cómo llevarla hasta allí sin que caiga en manos de los cuatreros?—intervino Blair, poniéndose en pie.

—Sí, si tan fácil te parece llevarla allí, ¿por qué no la llevas tú?

—exclamó Wilson, imitando su ejemplo, que fué remedado por los demás.

Durante un momento hubo un verdadero escándalo. Tod, interesado por la discusión, no advirtió que Dan hacía más insistente su cortejo y que Mike ya le trataba como a un antiguo conocido.

En medio del silencio, duramente conseguido, se oyó la risotada burlona de Miller, riss de hombre seguro de sí mismo y que desconoce los obstáculos, y levantando las manos, arguyó:

—Amigo mío, a eso precisamente he venido. Sí, señor; os voy a comprar la carne aquí y a llevarla yo mismo a Abilene — estallaron los vítores; luego, agregó—: Pero no lo olvidéis. Me va a costar tan-

to trabajo llevar el ganado a Abilene como os cuesta a vosotros.

—Es verdad—afirmó la asamblea en masa.

—Y puesto que he de correr yo todos los riesgos, creo que lo más justo es fijar un precio que me permita hacer frente a las eventualidades. Y como he de pagar las reses que se pierdan, y pagar a los hombres que protejan a los míos, calculo que el precio más razonable sería... dos dólares por cabeza.

La oferta produjo el efecto de una bomba. Dos dólares era lo que pagaban por la piel los curtidores. Hasta Dan se confesó que aquello era un robo, que quizá le hubiera interesado, de no estar pendiente de Mike. Pero Tod empezó a sentirse inquieto y a meditar el partido que podía sacar de las violentas protestas que estallaron al oír las palabras de Miller.

—¡Un momento! ¡Un momento, amigos! — suplicó Windy—. Con tanto alboroto cualquiera diría que es quiero robar el ganado. No hay un hombre entre vosotros que pueda decir que me haya aprovechado jamás de nada. La verdad es que no sois razonables. Creo que un par de dólares por cabeza es un precio justo. A lo mejor ni siquiera llega a Abilene. Tal vez tenga que volver como vosotros.

—Tiene razón—afirmó Lasham, subiéndose en la silla—. Nos ha sido imposible sacar el ganado y es-

tamos perdiendo el tiempo... Pero dos dólares por cabeza es poco.

—¡Bah! ¡Te doy el mío por dos dólares!

Lasham había calculado bien su intervención. El ofrecimiento de Wilson fué secundado por un aluvión de otros. Unicamente los más serenos adivinaron que se estaba cometiendo un disparate irreparable. La excitación creció y con ella los gritos, hasta el punto que era imposible hacerse oír.

Tod saltó al escenario y se puso junto a Miller, sin que Mike lograra contenerle. Su aparición apagó las voces y todos esperaron sus palabras.

—Oigan, amigos. Escúchenme—suplicó—. Puede que Windy quiera ayudarnos, aunque es posible que quiera ayudarse a sí mismo. De sobras comprendéis que como el Este no ha recibido carne en cuatro años, el precio ha subido enormemente. Eso significa que una res vale quince o diez y ocho dólares y puede que más aún. Y ahora os pregunto yo, ¿quién creía vosotros que le interesa más a Windy, nosotros... o su bolsillo?

La estudiada pausa de la frase final se abrió paso en el cerebro de los ganaderos... Windy se sintió inquieto, pero no abandonó la partida.

—¡Un momento! ¡Un momento! —reclamó, queriéndole acallar.

Porque sabía por experiencia la

volubilidad de los hombres cuando se hallan congregados en la resolución de un asunto común. Y no tardó en ver que no se había equivocado, puesto que su impetración fué desoída. Un hombre se le acercó amenazador y le ordenó:

—¡Cállate! Sigue hablando, Tod, sigue hablando.

—Sí. ¡Sigue hablando!

Apabullado por el asentimiento general, Miller tascó el freno. Tod, en cambio, animado por las voces, prosiguió diciendo:

—Está bien, está bien. Sólo digo que los dos dólares por res que nos ofrece Wilson podrán ser mucho dinero desde su punto de vista. Pero diez y ocho dólares por res mucho más y eso es lo que nos darán en Abilene.

—¡Probasteis y fracasasteis! — advirtió iracundo Miller.

Tod le estudió durante un segundo, como dándole la razón, pero su frente se iluminó con la expresión de una idea mucho tiempo mantenida en silencio:

—Si, fracasamos, es cierto, pero eso fué porque todo el mundo quería ser el primero en llegar. Pero nos ha demostrado que Dusty King no se equivocaba... — tomó aliento para anunciar—: que la única forma de poder pasar es reunir una gran manada, la más grande que se haya reunido aquí. Y parte de ella pasará.

Su voz tuvo la nota de desafío

de un clarín. Y se encaró con los rancheros:

—Y ahora, decidme vosotros si por diez y ocho dólares no vale la pena de arriesgarse un poco más.

¡Habían encontrado al jefe que necesitaban! Todos se precipitaron al escenario vitoreando a Tod y proponiéndole una infinidad de preguntas, que el muchacho, apurado, no supo qué responder.

Dan había escuchado en silencio a Tod y visto la derrota retratada en el rostro de Windy Miller. Doc se había esfumado como por ensalmo y Lasham permanecía en segundo término.

Se volvió, pues, a Mike que escuchaba enardecida a Tod y recabó su atención.

—Vamos a la calle en tanto se ponen de acuerdo.

—¡Cómo? — exclamó extrañada por la proposición.

Dan se incorporó y estiró suave, insinuantemente de su brazo, sonriendo mientras tanto.

—Van a estarse hablando de precios horas enteras. Salgamos de aquí.

—Da la casualidad de que esta conversación me interesa mucho— le desafió.

—Eso es porque no me has oído hablar nunca—protestó tuteándola.

—Anda, vamos. Tod se encargará de eso.

Y cuando una muchacha está sedienta de cariño y además encuentra a un hombre, cuya vida ha sido

novelesca, dotado de una poderosa personalidad, acostumbra -ceder, tanto más si siente curiosidad por conocer el sabor del amor o deseos de burlarle.

Dan la cogió del brazo y la soltó así que estuvieron en la acera, caminando lentamente a su lado... Insensiblemente la condujo debajo de un reverbero, quizá el único de toda la calle, y luego la apartó de él para exponerla a la luz de la luna.

Con gran osadía tomó su rostro entre sus manos y lo levantó hacia sus ojos. Mike se debatió, pero no había empezado a hacerlo cuando, con gran disgusto, el muchacho la dejó libre. Aturdida por el asombroso comportamiento, exclamó:

—Pero...

Dan sacudió la cabeza, como respondiéndose a una pregunta y la interrumpió entristecido:

—No... no lo es.

—¿Qué es lo que no soy?

—No es tan bonita a la luz de la luna como a la luz del sol.

La barbilla de Mike se alzó desafiadoramente.

—Pero, oiga, ¿Habrás visto una impertinencia semejante?... ¿Qué es lo que ha pensado usted?

Dan se apoderó de sus brazos y clavó sus pupilas en las suyas, apaciguándola irónicamente.

—No te enfades... Nadie es perfecto. Me casaré contigo igual.

Mike erró que la cabeza le daba vueltas. Tan incomprendible era Dan. Quiso indignarse.

—¿Conmigo?... Escuche, ¿no me casaría con usted aunque no hubiera...!

—¡... otro hombre en el mundo! —terminó Dan con ella.

Mas es posible que Mike estuviera equivocada en su apreciación, pues así que los labios de Dan se pegaron a su boca, sintió desvanecer toda su contrariedad y no tuvo fuerzas, no sólo para protestar, sino para despedirse cuando él, a renglón seguido, saludó, hundiendo en las sombras:

—¡Adiós, Mike!

CAPITULO V

NEGOCIO REDONDO

Cuando Lasham y Miller comparecieron en la clínica del dentista, éste les acogió con la faz impenetrable y manejando algunos instrumentos. Los dos estaban cariacontecidos por el fracaso de sus planes, en especial Windy, que envió su sombrero contra el sillón.

—Siéntate en el sillón, Windy—ofreció Doc, pasándole la botella de licor.

Miller sacó su sed con un buen trago y sus interlocutores hicieron otro tanto antes de discutir lo sucedido. Doc tapó la botella y la depositó sobre la mesita cercana, inquiriendo:

—¿Te preocupa un poco, verdad?

—Creo que es la primera vez en mi vida que lo echo todo a perder hablando en público — gimoteó el hombrón.

Lasham dio unos pasos por la clínica y suspiró:

—Bueno, hay que reconocer que esta vez nos hemos metido en un lío.

Windy lo tomó como una alu-

sión personal y se enderezó en el sillón, señalándole con el índice.

—En primer lugar debes recordar que yo no quería venir a Texas. Fue idea tuya.

—No es la primera idea que sale mal — contemporizó Doc, sacando un instrumento—. Oye, ¿cómo tienes aquella muela?

Windy hizo una mueca de espanto y esquivó la mano que avanzaba hacia su boca, sin gran éxito.

—Aguarda un poco... Me la arreglaste la última vez que estuve por aquí.

—¿Seguro?—preguntó el dentista, sacudiendo la cabeza.

—Pues claro que sí.

Lentamente cogió otros instrumentos, murmurando unas palabras. Cualquiera hubiera dicho que el fracaso de aquella noche le tenía sin cuidado, pero sus compañeros le conocían de sobras para equivocarse. Primero les dejaría hablar, después resolvería a placer.

—Me parece que no hay más que una solución. Liquidar a Tod

Ramsay. Yo podría ir con un par de hombres...—propuso Lasham.

—Me gusta, eres un verdadero hombre de acción—aprobó Doc.

—Gracias...

—Sólo que eso sería lo peor que podríamos hacer—se refirió a Miller—. Déjame que te vea esa muela... Después de la reunión de hoy Tod Ramsay se verá apoyado por todos los rancheros de esta región. ¿Seguro de que la arreglé?

Se refería a la muela de Windy, en cuya boca abierta urgaba con unas pinzas.

—Sí—gruñó el paciente.

—Tú debes saberlo — dijo poniendo algodón en la pinza—. Si le pasa algo a Tod, la gente empezará a preguntarse por qué...

Windy apartó la mano de su boca para rugir con el rostro encendido:

—Eso podría ser verdad, pero acuérdate de esto. Si un hombre logra llegar a Abilene con el ganado, ya podemos renunciar desde ahora a todos nuestros planes.

Doc estiró de la muela con todo asiento.

—Ese chico no debe llegar. Tendremos que... empezar otra vez desde el... principio... ¡Uh! ¡Salí!

Contempló la muela con mirada de experto y la depositó en un platillo, prosiguiendo su monólogo:

—Ya sabía yo que no era mía. Esta te la han puesto en Kansas City — se refirió sucesivamente a

Windy y a Lasham—: Tú vuélvete ahora a Abilene y tú pon mil reses y marcha con los demás.

Lasham hizo un movimiento violento.

—Es una locura. ¿Que yo marche con ellos?

—Será mayor locura no hacerlo. La situación ha cambiado durante las últimas horas. Todos los rancheros de aquí le van a acompañar y la mejor manera de no llamar la atención es ir con ellos.

Volvió a la carga en la dentadura de Windy, que empezó a retorcerse y a gemir, pero sin lograr cortar las instrucciones de Doc. Los ojos de Lasham destellaban al escuchar el plan del jefe.

—Pero asaltarás la manada, ¿verdad?

—¡Pues claro que la haré asaltar! Y esta vez va a ser de verdad. Va a ser tan grande que, en adelante, no habrá nadie en esta región que mueva una res del patio de su casa.

El gemido de Miller se transformó en un alarido de dolor y su cuerpo patinó hacia la parte inferior del sillón. Doc estudió con curiosidad lo cosechado por las pinzas y soltó un albedio de admiración.

—¡Vaya, hombre! ¡Tenías dos picadas! Eso es lo malo de comprar muelas baratas—pero detuvo su gesto de echarlas a la basura—. Hay algo de oro aquí.

* * *

La víspera de la partida de la gran manada, el pueblo celebró una fiesta de despedida, en la que tomó, como solía, parte activa el dentista, dirigiendo el rigodón de los jóvenes subido en una tarima, desde la que ordenaba los cambios con voz campanuda. Y nadie hubiera sido capaz de imaginarse la tenebrosa confabulación que había fraguado contra el pueblo, que le respetaba y amaba.

La última parte del rigodón se disolvió entre los aplausos de las parejas de todas las edades que llenaban el patio de la hacienda. Doc, con la voz entronquecida por su tarea, gritó, bajando de la tarima:

—Vamos, descanso... ¡Descanso para refrescarse!

Se apoderó de un bock de cerveza y lo vació de un trago, tras de lo cual trepó de nuevo a la tarima; una vez allí, pidió silencio.

—Aprovecho esta ocasión para decir unas palabras. Mañana será un gran día en la historia de Texas. Tod Ramsay se pondrá en camino con seis mil cabezas de ganado...

—¡Siete mil! ¡Olvidas las más! — interrumpió Lasham, destacándose de un grupo.

—Gracias, Lasham. Siete mil cabezas de ganado... Quiero brindar por su feliz llegada a Abilene sin que pierda una sola res.

Todos bebieron con él. Lasham le hizo señas de que se reuniera con él y se apartaron de la gente para hablar a sus anchas.

—¡Qué buitre más hipócrita eres! — se admiró su compinche.

—Conviene serlo — dijo, poniéndose la americana —. ¿Cómo va todo?

—Bien, Doc.

—¿Y los muchachos?

—Están haciendo todos de avanzadilla.

—¿Para qué?

—Pues por si ocurre algo imprevisto.

—Buena idea.

Una anciana de buen aspecto les abordó, interrumpiendo su cauteloso cuchicheo. Lasham la saludó y les dejó solos, al oír que se quejaba:

—Doc, quiero hablarle de mi dentadura.

—¿Qué le pasa a la dentadura?

—Inquirió con bondad.

—Hace mucho ruido. Escuche.

La cliente hizo castañetear los dientes, ruido que escuchó con suma atención. En efecto, sonaba bastante, pero la cosa carecía de importancia.

—Mire, algo de ruido han de hacer hasta que se ajusten bien.

—No me dijo eso.

—Ya lo sé. Usted siga usándola y ya verá.

—Los devolveré si hacen ruido

—amenazó.

Doc se encogió de hombros con-

trariado, porque quizá lo único que le molestaba en el mundo, aparte de gastar dinero en balde, era hacer una cosa mal.

Al pie de un gran árbol, cuya copa amortiguaba el esplendor de la luz de la luna y algo alejados del resto de la gente, estaban Mike y Dan, sin sospechar que, protegido por la oscuridad, Tod presenciaba el más sencillo de sus ademanes con la muerte en el alma.

Sin embargo, juzgando por la apariencia de Mike, que pensativa hacía rayas con la punta de su zapato en el suelo, su humor no era muy animado. Los silencios eran largos, como si sobre ambos jóvenes pesara una sombra o un obstáculo, impidiendo dar rienda suelta a su amor.

Por último, Dan, molesto por la frialdad de la joven, expresó su contrariedad:

—¿Por qué tan callada?

—Es que estoy pensando.

—¿Pensando en qué?

—¿Por qué te marchas a Nueva Orleans?

Tal era la excusa que había dado Dan para evitar la curiosidad del pueblo, ya que no se reuniría con los jinetes y conductores de la gran manada. La mentira surgió de sus labios sin la menor vacilación, tal vez por haber aguardado aquella pregunta, lógica a todas luces.

—Busco otro mercado... para las rcaes.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Un par de semanas—le cogió una mano—. ¿Me echarás de menos?

—Bien sabes que sí.

Aunque su acento fué triste, hubo algo en él que apresuró los latidos de su corazón. Con una sinceridad, con una impetuosidad, algo desconcertante después de sus injustificadas ausencias, que proclamaban lo contrario, Dan aseguró:

—Yo a ti también... — su rostro se animó—. Pero cuando nos casemos, estaremos siempre juntos...

Su animación no tuvo eco en la joven, que le miró con un destello agudo en las pupilas y rehuyó su contacto.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Me quieres, verdad?—preguntó Dan.

—No sé si lo que siento es amor —contestó con lealtad, expresando lo que en realidad la preocupaba.

Tod sintió que sus músculos se crispaban, asombrado de aquella revelación. Mike era franca, bien se veía. La faz de Dan se ensombreció, lo que temía la joven, y le preguntó con aspereza:

—¿Pues qué entonces?

—¡Oh, no lo sé! Todo ha ocurrido tan aprisa...

—Así suele ocurrir... aprisa.

Pero ni el mismo Dan estaba satisfecho de esta afirmación. Como durante el viaje podían acontecer muchas cosas, dejó para el regreso la ocasión de insistir nuevamente sobre el delicado tema.

Y montando en su caballo se marchó sin mirar atrás, pasando tan cerca de Tod que sus botas le rozaron, aunque de ello no se dió cuenta.

La conducción de la gran manada se efectuó con toda felicidad, mejor dicho, sin ningún contratiempo que se saliera de lo corriente. Avanzaba en forma de cuña cubriendo una ancha extensión de terreno, llevando a Tod a la cabeza y a sus costados el resto de los rancharos, con sus jinetes, constituyendo una fuerza armada y dispuesta a todo que únicamente el más osado de los forajidos sería capaz de desafiar.

Así progresaron por la ruta de Abilene, lenta pero seguramente, y a medida que transcurría el tiempo sin percance, la tranquilidad y la alegría de los hombres aumentaba, culminando este estado de ánimo al vadear el río dichosamente. El camino que a partir de entonces tenía enfrente la manada, era llano y fácil. La región de los malhechores había sido dejada atrás.

Dan entró en la cañada, guarida habitual de los bandidos, al galope, y descabalgó con un solo y ágil movimiento, conduciendo a su corcel al lugar en que pastaban los

demás, antes de dirigir la palabra a sus hombres.

Sabía, y muy bien, que éstos murmuraban de él, echándole en cara su obstinación en no atacar a los rancharos. De suerte que se acercó alerta al grupo, que descansaba en la sombra y que se levantó pausadamente al sentirlo delante.

—¿Qué pesa? ¿Cuándo asaltamos?—dijo Willard, un jinete de duro y ávido rostro.

—De eso os quería hablar—contestó Dan, estudiándoles.

Se sentó al estilo indio sin perder uno de sus sílmanes. Era visible que la paciencia de sus compinches había llegado al extremo de su elasticidad, que desconfiaban de él y que estaba a punto de perder todo su prestigio, pues hasta el callado Daniels le apostrofó:

—Les hemos dejado llegar más allá de lo que dijo Lasham.

—Sí—corroboró Willard—. Dijo que les atacaríamos después de cruzar el río y hace tres días que lo cruzaron.

—Eso ya lo sé—declaró Dan—. Lo habéis dicho de sobras.

Comstock le observó de soslayo. Aquél era un hueso más duro de coer. Tenía celos de Dan, que le había arrebatado la jefatura, y asimismo era un hombre peligroso con las armas en la mano, pendenciero y osado.

—Bueno, ¿por qué no hacemos salir de estampía a la manada?—

preguntó sin referirse a nadie en particular—. Parece como si tuvieras motivos para no hacerlo.

Dan se metió las manos en el cinturón y anunció tranquilamente:

—Los tengo... El dinero.

—¿El dinero?— repitió Tennessee como un eco.

Dan prosiguió, sin hacerle caso, exponiendo su plan:

—¿Os habéis parado a pensar alguna vez qué sacáis de todo esto? Cuarenta y cinco dólares al mes.

—Sí — convino Daniels—. Pero nos han prometido mucho más.

—No se compra con promesas— citó Dan—. Oid... Robamos... y con el producto del robo alguien está ganando una fortuna y el riesgo es para nosotros. ¿Nos corresponde algo en los beneficios?

Todos enmudecieron, pues, pese que la lógica hablaba por boca de Dan, temían comprometerse. Por fin, Willard habló titubeando:

—Puede que sí, pero Lasham no admitiría eso.

A esto quería llegar Dan. Medio se incorporó y dejó caer sus palabras:

—El no tendrá nada que decir en este asunto.

Comstock se puso en pie y se llevó ágilmente la mano a la pistola. Poco después su arma relucía siniestramente.

—Aguarda un momento— masculló—. Lasham es amigo mío y no

plensó consentir que le haga nadie una jugarreta.

Dan permaneció impasible; el gesto de Comstock era muy significativo y su vida pendía de un hilo. Los bandidos se miraron unos a otros, indecisos; sólo Tennessee, colocado a espaldas de Comstock, se decantó en su favor y apoyó su revólver en la espina dorsal de éste.

—Quieto, Comstock. Deja hablar a Danny, a ver lo que nos dice.

Se resignó y enfundó su revólver, imitando a los demás, que se sentaban en torno a Dan.

—Ninguno de nosotros espera tener más de cincuenta dólares en su vida. Pero si yo os dijera cómo ganar tres o cuatro o cinco mil dólares cada uno, ¿a quién escucharía, a mí o a Lasham?

La contestación era obvia y todos sacudieron sus cabezas.

—Pues yo te escucharía a ti— dijo Daniels.

—Y yo—proclamó Willard.

En resumen, todos estaban conformes con aquel aspecto de la cuestión. Comstock se quedó meditando y agregó en último término:

—También yo.

—Creí que eras amigo de Lasham.

—Es una amistad de cincuenta dólares, no de tres mil.

Dan aprobó este criterio y ya más sereno se encaró con ellos:

—Bueno, ¿estamos de acuerdo?

Lo estaban. Lo único importante era conocer los detalles del plan, pero Dan era demasiado astuto para cometer un error tan enorme. Le convenía guardar secreto hasta que la ocasión se presentase, no fuera que alguien le arrebatara la idea.

—No vamos a tocar para nada el ganado. Vamos a dejarlo llegar a Abilene.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo estoy pensando.

Cuánto entraba la amistad de Tod en el giro dado a los acontecimientos por Dan, fué una cosa indeclarable. Los demás respetaron su silencio.

Esta fué la causa, tanto de la tranquila marcha de la manada, ya a pocas millas de Abilene, como del nervosismo de Lasham, que recorría los contornos impaciente, oscando de una manera patente la vanguardia y retaguardia, lo que concluyó por llamar la atención de Tod.

—¿Qué te ocurre? ¿Buscas algo?

—No... no... Nada.

Lo más doloroso era no poder desahogar su furor de ver cómo se evaporaban de sus alcances varios miles de dólares.

Dan acompañó a sus hombres a una cabaña deshabitada emplazada en las cercanías de Abilene, al borde de la carretera por donde tenía que pasar el ganado, y permaneciendo montado les dió los últimos detalles de sus planes.

—Abilene está a diez o doce millas de este lugar. Antes de la noche volveré.

—¿Crees que irá bien?—indagó Comstock con cierta inseguridad.

—A la fuerza. Este es el único camino al Sur. Tienen que pasar por aquí. Hasta luego.

Picó de espuelas y se alejó por el camino, envuelto en una nube de polvo. Los hombres se dispusieron a matar el tiempo y Tennessee alabó admirado:

—Es un buen truco, ¿eh?

Una vez estuvo en Abilene, Dan se presentó en los corrales y avanzó hacia una cerca en donde estaba apoyado un hombre de aspecto acomodado y que supuso, acertadamente, ganadero. Por sí o por no, gritó con fuerza:

—¿Quién compra ganado por aquí?

—Pues yo mismo—dijo el hombre, apartándose de su apoyo.

—Yo acompañó al ganado que viene de Texas—narró con volubilidad—. Hemos scampado a unas diez millas de aquí. Pensamos entrar mañana.

—Oiga, amigo. No diga una palabra a nadie. Me quedo con todo.

—El primero en llegar se lo lleva.

—Iré a comprarlo donde está. ¿Cuántas cabezas son?

—Siete mil.

—Dentro de una hora estaré allí. El hombre desapareció corriendo. No obstante, Dan le alcanzó y le advirtió:

—Pero lleve el dinero.

Y riéndose de la jugarreta que acababa de llevar a cabo a unos y a otros, y más aún de la prisa que manifestaban en comprar, teniendo en cuenta los "dos dólares" prometidos por Miller, arrancó como un torbellino hacia la cabaña de madera, deseoso de comunicar a sus compañeros el resultado de las negociaciones. Más de uno iba a resultar sorprendido.

A pesar del silencio suplicado por el ganadero y que Dan supo conservar, por el lógico motivo de no haber hablado con nadie ni durante la ida ni al regreso, alguien resultó enterado y se movió con la rapidez de una ardilla, atravesando la calle principal de la ciudad de cabo a rabo. Por fin se paró frente a una casa de la que surgía, orondo y encendiendo un cigarro, Windy Miller, a quien saludó con un alarido:

—¿Eh, Windy!

Miller se detuvo. El hombre era conocido como uno de sus lugartenientes y su apresuramiento en dirigirse hacia él demostraba que había grandes noticias.

—Te estaba buscando — jadeó —. ¡Han pasado!

—¿Cómo lo sabes? — preguntó pronta y secamente.

—Acaba de llegar un vaquero. Dicen que han scampado a diez millas de aquí. Parkhill y los otros van a ir allí a comprar el ganado.

—Pues hay que ir aprisa. Busca a Red y trae caballos, yo iré por dinero.

—Bien.

Porque Miller quería ganar a toda costa y en todas las jugadas, llegando incluso, si era necesario, a sacar naipes de la manga.

Dan recorrió las diez millas con la alegría de quien acaba de terminar un buen negocio y algo de ella se reflejaba en su cara, pues al descabalgar y entrar en la cabaña, Comstock afirmó más que preguntó:

—¿Van a venir?

—Sí. Se han tragado el anzuelo. Dentro de media hora se presentan aquí. ¿Ha quedado algo de café?

Le alargaron una taza y pasó la media hora en una espera estrizante. Apenas cambiaron una palabra. Por último, el reniqueteo de unos cascos en el camino delató que los compradores acudían a marchas forzadas.

Dan y sus hombres sacaron la cabeza por la puerta y percibieron a lo lejos la figura de dos jinetes vestidos de oscuro. La distancia no permitía apreciar su identidad.

—Deben ser ellos.

—Eso se llama ir aprisa — comentó Ten.

—Parece que tienen ganas de comprar—se rió Comstock.

—¿Sí? Y nosotros de vender—concluyó Dan, haciéndoles reír—Vamos, a caballo.

Los bandidos contaban con la ventaja de la sorpresa: sin embargo, también se asombraron al encontrarse frente a frente con Windy y Red, que sofrenaron sus cabalgaduras al ser rodeados por los bandidos.

—¿Eh?... Pero ¿qué es esto? — protestó Windy.

—¡Hola, Windy! ¿Qué hace por aquí? — contestó Dan haciendo avanzar su caballo.

Una sola mirada le había bastado para averiguar dónde tenía el dinero el recién llegado. Claro está que era una contrariedad su inesperada presencia, mas no para echarse a llorar. El dinero de una persona o de otra vale lo mismo y siempre es bien recibido.

—¿Dónde está el ganado?

—Unas cinco o seis millas más atrás. ¿Por qué? ¿Piensa comprar?

—Sí, y si no llego el primero tendré que pagar su precio triplicado.

Dan descubrió entonces que Windy no era tan agudo como presumía. Ni siquiera se había informado del objeto de su presencia en aquellos lugares. Se echó a reír

y fué coreado por Ten y las roncadas carcajadas de los demás.

—¿Por qué os reís?—se enfureció Windy.

El chiste era unilateral y únicamente iba a hacer gracia a los que lo relataran.

—Windy... Vamos a hacerle un verdadero favor.

—¿Sí?

—Venderle a precio barato... — le apuntó con el revólver— Entrégueme el dinero.

—¿Eh? — se sobresaltó Miller, sin parecer decidido a obedecerle.

—Escucha... No quiero discutir. Entrégamelo o díparo y cojo el dinero yo mismo.

—¿Estás seguro de no equivocarte?—dijo significativamente.

Ten rebuscó los billetes sin hallarlos y Miller se vió obligado a informarle que lo guardaba en la bolsa del arrión. Después fueron desarmados los dos hombres.

—Dime, ¿has tramado esto tú solo?

—Sí. Vamos, ahora spéate.

Bajó del caballo y otro tanto hizo Red. Comstock cogió las riendas riéndose a mandíbula batiente.

—¿Cómo vamos a volver a Abilene?

—Mira: las siete mil reses que acabas de comprar pasarán por aquí a primera hora de la mañana. Escoge una que vaya bien y salta encima.

Dicho esto giraron de grupas y

se alejaron a escape, riéndose todavía.

—¡Ese canalla no puede hacerme eso!— aulló Miller, pisoteando su sombrero—. ¿Por qué no hiciste tú algo?

Esto último iba dirigido a Red, que retrocedió unos pasos, pero no

fué lo suficientemente listo para esquivar el puñetazo que, sin sombra de motivo, le propinó su jefe.

De este modo Miller tuvo que tascar el freno, pues al trabajo de regresar a pie a Abilene, habías: agregado el de hacer volver el sentido a quien era su brazo derecho.

CAPITULO VII

EL FIN DE MILLER

La venta de la gran manada se llevó a cabo sin ninguna contrariedad. Los rancheros y los jinetes presenciaron el recuento de las reses, asistidos por un tropel de compradores insatisfechos, que les asediaban entorpeciendo su labor.

Así que la última res hubo sido introducida en los vagones que habían de transportarlas al matadero, Swift, el presidente de la Asociación de Ganaderos de la comarca, extendió un cheque y se lo entregó a Tod, diciéndole las siguientes palabras que marcaron un punto trascendental en la historia de Texas:

—Bueno, señor Ramsay, tenga el cheque. Le compraré todo el ganado que pueda traerme.

Tod se guardó el papel y estrechó su mano, prometiéndole:

—Volveremos. El camino está abierto ya, descuide.

—Sí, señor—corroboró Mathews.

—Buena suerte.

—Gracias.

Con ello quedó concluida la proeza y los vaqueros y rancheros se entregaron de lleno al júbilo. Únicamente Tod esquivó la alegría general, meditando sin saber a santo de qué... quizá por el recuerdo de Mike y la anómala conducta de Dan.

—¡Eh, Tod! — gritó Mathews, arrojando su sombrero al aire—. Estoy hoy que celebrarlo, ¿eh?

Tod enderó los hombros, sa-

audiendo sus aprensiones, y se encará sonriente con ellos.

—Ya lo creo que sí. Id vosotros para allá que yo os sigo en cuanto haya cobrado este cheque.

—Te esperamos—dijo Mathews, meneando la cabeza al verle desaparecer cabizbajo.

Miller, aun rabioso por la caminata y el robo del día anterior, cambiaba impresiones, si pueda llamarse así a los hechos consumados, con Lasham, en la habitación del hotel de éste. Inútil es decir que ambos estaban cariacontecidos y Lasham, aun cuando no había perdido mucho, gracias a la venta del ganado, contemplaba con simpatía a su compañero que se paseaba por la estancia.

—Sospechaba algo desde hace una semana, pero no podía hacer nada yo solo.

—Sí, señor, esto es magnífico—exclamó Windy, levantando las manos—. Se me ocurrió traer el ferrocarril para transportar vacas. Luché por traer la primera manada. Y ahora el pueblo está lleno de ganado y ni una res es mía, ni una. Y para colmo de males, he perdido veinte mil dólares en el negocio...

—Puedes agradecérselo a Doc. El contrató a Dan Thomas.

Al oír este nombre, Miller se paró como si hubiera pisado un avispero. Se puso la chaqueta con un brillo siniestro en los ojos.

—No es tan grande este país que

no encuentre a Dan Thomas algún día en mi camino.

Lasham no tenía nada que oponer a esto. Conocía las hazañas de Dan con un revólver empuñado y pensó en que muy listo tendría que andar Miller, a pesar de ser muy ligero con el arma, para adelantarse en sacarlo. Pero no dijo nada. El horno no estaba para bollos.

—Bueno, y ¿qué hacemos ahora?

Miller explotó con una risa sarcástica. Cogió el revólver y lo pasó a través de su cinturón, de forma que quedaba disimulado. Luego abrió la puerta, contestando:

—Tú haz lo que quieras. Yo he de ser el primero en bajar y felicitar a esos hombres por haber llegado a Abilene.

Otro personaje hacía lo mismo en aquel momento. Era Dan que, seguido de Ten, caminaba por la calle principal de la ciudad. Solamente el bandido charlatán se había negado a separarse de su lado, en cuanto dió la voz de sálvese al que pueda. El resto de sus antiguos compañeros se había dispersado y sería sorprendente que el Destino les volviera a reunir.

Ten era leal quizá porque necesitaba de alguien con quien charlar. Parlanchín, embustero, lo que se quisiera, pero tenía el sentido común de apreciar la locura que significaba la presencia de Dan en la ciudad, después de lo sucedido el día anterior. Mas era inútil ar-

guir con Dan, que era valiente hasta la imprudencia.

—Escucha, Danny, puesto que has logrado lo que querías, vámonos de aquí.

—¿Tienes miedo, eh?

Los bigotazos de Ten se erizaron ante esta suposición, descabellada, como sabía el muchacho.

—No; pero Windy es el amo de la ciudad... Es una locura quedarse aquí. Van a darnos un disgusto.

Dan hizo adelantarse a un caballo que le cortaba el paso. Iba alerta y con la mano derecha pendiéndole a lo largo del cuerpo, evitando el contacto de la gente o cualquier posición que le impidiera echar mano al revólver.

—Debiste haberte marchado con los otros.

Se detuvo en la puerta de una guarnicionería, lanzando una mirada al interior. Precisamente ése fué el instante en que le descubrió uno de los hombres de Miller que, disfrazando su paso, cruzó la calle y corrió desahogado hacia el bar en donde estaba su jefe.

Ten se asustó al pensar que Dan le pudiera rechazar y corrigió inmediatamente el sentido de sus palabras.

—¡Oh!... Yo sólo decía que era una grandísima locura.

—Ve a ver si han acabado de herrar los caballos. Yo iré en cuanto recoja la silla.

—Vamos a meternos de cabeza en un lío—protestó Ten, cuando su

amigo entraba en el establecimiento.

Porque santo y bueno era que a uno le gustaran las mujeres, él mismo no les hacía ascos; sin embargo, era una locura exponer el pellejo por comprar una silla de montar a una muchacha, mayormente si ésta es la novia de uno y hay casorio de por medio.

En efecto, Dan se había obstinado en adquirir la silla más bonita de toda la región como regalo de bodas. Penetró en el taller, en donde un hombre cano y corto de vista trabajaba sobre la que le había encargado, remachada de incrustaciones de plata, con el asiento y los colgantes de piel blanca y encarnada fina como la seda.

—¿Terminó?

El talabartero le reconoció por la voz, puesto que ni siquiera se tomó la molestia de levantar la cabeza, castigo que le había impuesto la ansiedad de Dan de tener la silla lista aquella misma mañana.

—Todavía no—dijo remachando unos clavitos—. Oiga, ¿es usted por casualidad de esos que han traído el ganado?

—Sí.

El monosílabo se debió al gesto de mirar a la calle. Dan tenía los nervios tirantes y la sensación de que le acechaba un peligro. Y no deseaba ser cazado en aquella rtonera.

—Ya decía yo que sólo un tejaño compraría una silla así.

A pesar del elogio, Dan le animó:

—¿Sí? Dese prisa, ¿quiere?

Esta vez el talabartero le miró rectamente extrañado de su impaciencia.

—Escúcheme usted, muchacho— dijo frotando las iniciales M. K.— No ha habido quien trabaje bien yendo aprisa. Y no tengo intención de estropear esta silla por grabar unas letras a la ligera.

Dan se inclinó sobre ellas y se le antojaron sin tacha.

—A mí me parecen bien.

—¿Sí?... Entonces tiene la vista mal, porque no he terminado la K.—le apartó con el codo—. Fuera de la luz, fuera de la luz.

Miller, como había prometido, bebía y reía con los tejanos como si le hubiera tocado la lotería. Todavía tuvo que confesarle que se había engañado sobre sus intenciones. La taberna estaba llena de humo y de hombres que hablaban por los codos, sintiendo los efectos del mal licor que les servían. Pero no les importaba; después de una semana y media de duro cabalgar, dormir poco y mal, aquello era el paraíso.

Cada recién llegado tenía que tomar una copa con aquellos tejanos lentos de hablar, de largas miembros y que aun oían a sudor y a caballo. El día siguiente sería otra cosa; aquel momento era suyo, ¿por qué, pues, no iban a compartir todos su riqueza y su dicha?

—Acercaos, muchachos — repe-

tía a los curiosos, los cuales no se atrevían a rechazar un trago... y se quedaban con ellos.

La camaradería era general y se le comunicó a Windy, cuyas risotadas eran estrepitosos cañonazos. Lasham le observaba con envidia de que pudiera disimular tan bien o por poseer aquel gran poder de recuperación.

El hombrecillo que había descubierto a Dan hendió los grupos como el tajamar de un barco, procurando hacerse oír del hombretón.

—Windy... Windy...

Las facciones de éste se endurecieron. Con una excusa se apartó de sus interlocutores y dobló su cintura para que el informador pudiera verter el aviso sin ser percibido por nadie.

Los ojos de Windy se desorbitaron. ¡Aquello era demasiado bello para ser verdad! Negó varias veces con la cabeza antes de recobrar el habla.

—No... no es posible que se atreva.

El informador se encogió de hombros, enviando una sedienta ojeada a los vasos del mostrador. Lo creyera o no su jefe, él decía la verdad.

—Puede que no... pero está en la guarnicionería.

Miller, convencido por el tono del informador, fué al mostrador, bebióse la copa de un trago y se marchó, asegurando:

—Volveré dentro de un par de minutos.

Posiblemente su confianza estaba basada. Miller era conocido como un buen tirador. Además no le importaba el tener que recurrir a los medios que fueran y si, sólo, vengarse de la burla tramada por Dan. De una forma u otra, éste caería bajo sus disparos.

El talabartero bruñó las iniciales recién grabadas, mediante el expediente de echar un poco de aliento sobre ellas y, finalmente, determinó que su obra era perfecta, con gran alivio de Dan, sobre quien pesaban los minutos como losas de mármol.

—Oiga, debe usted apreciar mucho a ese Mike para regalarle una silla tan costosa—se la entregó—. Ahí tiene. Llévase la.

—¿He de pagar algo más?—dijo Dan, metiendo la mano en el bolsillo.

—No. Eso iba incluido.

Y Dan tuvo un descuido. Asió de la silla con la mano derecha, saludó al afable guarnicionero y vaciló unos instantes en el umbral, deslumbrado por el claro sol de la mañana. Recobrada la visión, descendió los escalones del porche y empezó a andar por la acera de madera.

Súbitamente sonó una voz a sus espaldas, aferrando sus talones al suelo. ¡Era la de Windy Miller!... Hubiera reconocido su hablar me-

luso entre millares de vocas. Y más aún en aquel instante.

—¿Tienes mucha prisa, Texas?

Dan giró sin apresurarse sobre sí mismo y calculó rápidamente. Miller estaba acodado en el porche del guarnicionero, que le llegaba a la cintura, con la levita entreabierta y la mano metida bajo la solapa izquierda. La posición hubiera parecido inocente a un observador descuidado, pero para Dan tenía un significado profundo, amenazador.

El rostro de Miller parecía de piedra; su emoción la delataban sus ojos, que no se apartaban de las manos de Dan. Este sumó los factores que tenía a su favor y los que estaban en contra suya y dedujo que tenía que defenderse, costara lo que costase, puesto que Miller no le perdonaría.

A medida que Miller hablaba, con la misma entonación monótona del principio, se cambió la silla de mano. Su vida, lo sabía, pendía de un hilo; cualquier gesto brusco y rápido horadaría la atención de su enemigo concentrada en el veneno de su odio que vertía en cada una de sus palabras.

—No esperaba volver a verte tan pronto. Anda, devuélveme el dinero.

Lo que siguió fué demasiado rápido para ser apreciado por la vista. Dan se encorvó e, inmediatamente, su arma tronó, seca y poderosa, derribando a Miller como si fuera un monigote. Sin embargo,

aun siendo el tiro mortal, la espléndida vitalidad de su contrincante se rebeló contra el fin y pudo enviar una bala contra Dan, que salpicó de polvo sus botas.

—Lo siento, Windy — se movió, mirando al cadáver—. Ya es tarde.

Estaba a punto de enfundar su revólver, mas la voz de Tod, arras-trando las alabas, como solía ha-cer en los momentos decisivos, le contuvo y se volvió con la coleridad de una víbora.

Tod contenía a Lasham con su arma y le advertía, al paso que le obligaba a separar la mano del bi-ricú:

—No se lo aconsejo, amigo... Suéltelo.

—Y no te molestes en volver a Texas. Yo me hago cargo de todo —remató Dan.

Lasham se pegó aún decir una palabra a la pared. Dan regresó al lugar en donde había soltado la silla de montar y la recogió, mientras Tod le apremiaba, esperando que los curiosos, atraídos por las detonaciones, aparecieran:

—¡Vamos, Danny, largo!

Y sin dar la espalda a Lasham doblaron la esquina y echaron a correr.

Llegaron a la cuadra en donde estaban los caballos de Dan y Tennessee y el primero enailló el suyo con la silla recién adquirida, esqui-vando su rostro de los ojos de Tod. No hacía falta que reparara en él para estar seguro que su amigo lo

había comprendido todo y que temblaba de cólera y desesperación.

—¿Qué haces aquí y de dónde has sacado el dinero para comprar esa silla?

—Te digo que ha muerto mi tío Rodney.

—No me engañas. Tú robaste a los compradores de ganado.

Dan se libertó del contacto de su mano de una sacudida. Le en-furecía haber sido descubierto por Tod, precisamente por él... Miller había hablado demasiado antes de morir y él mismo había sido im-prudente al amenazar a Lasham.

—Piensa lo que gustes.

—Ahora comprendo muchas co-sas que han estado intrigando a la gente del pueblo.

Los labios de Dan se agitaron. Tenía un nudo en la garganta, aunque como siempre le dominaba la violencia de su carácter. Apretó la cincha y se enderezó.

—Escucha—dijo—. Tú y yo he-mos caído en campos distintos y ahora es demasiado tarde para dis-cutirlo.

—No pienso discutir contigo, pero tú...

—No te pongas a moralizar—in-terrompió con amargura—. Te sal-vé la vida y tú me la salvaste a mí. Estamos en paz... y lo que haga de ahora en adelante no es cuenta tuya.

—Sí que lo es, porque yo tam-bién quiero a Mike, ¿comprendes?

—confesó Tod sin rehuir sus ojos.
—Jamás se lo dije porque sabía que estaba enamorada de ti y lo encontré muy bien... hasta ahora.

Dan siempre había pensado lo mismo y había temido que llegase aquel momento, precisamente por Mike. La indignación de oír repetir a su antiguo camarada la acusación de su conciencia, engrosó las venas de su frente, en tanto que hacía un esfuerzo para dominar el irracional impulso de matar...

—¿Bien?—logró pronunciar.

—No ha de ser para ti.

—No tienes voz ni voto en el asunto.

—¡Mal que te pese, sí!—inaistió con firmeza Tod.

La disputa iba en camino de hacerse eterna. Un rumor lejano, como de un enjambre de abejas irritadas, zumbó. Y Ten brotó, como

escupido de la nada, en la cuadra, llamando a su amigo con el rostro bañado en sudor.

—¡Danny, Danny, Danny!... Tenemos que irnos de aquí. Acaban de matar a Windy y nos echarán la culpa a nosotros. Le han atravesado el corazón.

Dan no abrió la boca al montar. Tod acarició el cuello de su caballo. Su expresión era cariñosa y severa a la vez. Cambiaron una mirada en la que ninguno de los dos bajó los ojos y Dan hizo dar la vuelta a su cabalgadura en dirección de la salida. Tod le acompañó un momento.

—Siento tener que acabar así... Pero recuerda lo que te he dicho.

Esta frase dejó pensativo a Dan. Tod era honrado, pero también capaz de ser un mal enemigo en todos los terrenos.

CAPITULO VII

LA TRACION

El pueblecito tejano de X. resumaba orgullo y alegría. Esperaba la llegada de sus heroicos hijos con la impaciencia de la tierra sedienta a la lluvia. La calle principal, compuesta en su mayor totalidad por tabernas y establecimientos, estaba adornada con banderas y gallardetes de vivos colores que contrastaban curiosamente con la madera gris y carcomida de sus paredes.

Un rudimentario arco de triunfo al principio de la calle cantaba panerógicos a Tod Ramsay, declarándole el hijo predilecto de la población. Dan y Ten pasaron por debajo de él y se pararon a observar el inusitado movimiento de la gente.

—Fíjate en las colgaduras — señaló Tennessee—. ¿Por qué las habrán puesto?

—Debe ser para darnos la bienvenida—contestó Dan, apoyándose en el borrén.

—¡Oh! ¡Si no hay una cuerda con un nudo corredizo para nos-

otros!... — prefirió no terminar la frase y azotó a la scémila—. ¡Arro!

No llamaron la atención de nadie, como barrantaba Ten, e hicieron alto ante la taberna preferida de ambos. Desmontó el joven y le lanzó las bridas a su compañero, dispuesto a entrar, aunque el propósito quedó en el aire, pues empujando los batientes apareció Doc, con cara de pocos amigos.

El ademán de retroceso que hizo Dan fué corregido al instante.

—¡Hola!

—¡Hola, Doc! ¿Por qué hay tanta bandera colgada?

—Tod Ramsay y los otros llegaron a Abilene con el ganado. Vamos a darles la bienvenida.

—¡Cuánto me alegro!... Tal vez ahora nos pague Lasham el sueldo que nos debe.

Doc siguió impenetrable. Se pasó la mano por la frente como si estuviera muy fatigado.

—Sí, con esto debieran pagarse muchas deudas pendientes... ¿Cómo está Nueva Orleans?

—Muy bien.

Doc estaba visiblemente preocupado y su voz sonaba más monótona que de ordinario. Dan, cada vez entendía menos lo que le ocurría y se mantuvo a la expectativa durante un corto silencio.

—Quiero hablar contigo — dijo, al fin, el dentista.

—Hágalo — lo apremió — ¿Ocurre algo?

—Sube un momento.

Tej exhaló un gruñido de advertencia, que Dan interrumpió poniéndole la mano sobre la pierna. También estaba alerta y desde que partiera de Abilene no cesaba de tener la impresión de que le esperaba algo... de capital importancia en su vida.

—Aguárdame aquí, Tennessee.

Una vez en la clínica del dentista, Dan se aposentó en el sillón, mientras Doc hacía acopio de fuerzas para el ataque. Y sus primeras palabras causaron un asombro inmenso al joven, aun cuando supo disfrazarlo.

—Creo que te vas a hacer cargo del rancho de Matt Lasham.

—Llegó pronto la noticia.

—¿Verdad? — insistió Doc, despreciando la ironía.

—Sí... Matt y yo... hemos hecho un trato.

El dentista dejó quieto el instrumento con que repiqueteaba el brazo del sillón, y afirmó:

—Es un trato malo para tí.

—¿Sí? ¿Por qué? — desafió Dan.

—No es suyo, en primer lugar.

—¿Pues de quién es?

—Mío.

La noticia le pilló desprevenido. Ahí tenía la explicación de muchas cosas. Fijo en este pensamiento, murmuró:

—¿Suyo?

—Eso es.

—¿De modo que era usted socio de Windy? — preguntó sin la menor sombra de sobresalto.

—Sí.

—Es usted algo grande, Doc. Algo grande, de veras.

Una pálida sonrisa demostró que el dentista no era insensible al halago, aparte de que la muerte de su consocio no le había herido mucho.

—Gracias, Danny. Y tú también. Eres un poco ambicioso, pero creo que podremos entendernos los dos, ¿no?

—Usted manda, Doc, de ahora en adelante. Da gusto servir a un hombre así.

Resonaron unos pasos sobre el entarimado y la puerta enmarcó la figura de Matt Lasham, que antes de que los dos interlocutores se percataran de su presencia, había apoyado la mano sobre la empuñadura de su revólver.

—No estorbo, ¿verdad, muchachos?

La diestra de Dan se puso en movimiento con celeridad y aun teniendo en contra su desventajosa posición, encañonó a Lasham antes

de que éste hubiera comenzado la acción. Los ojos del joven destellaban diamantinos.

—Eres muy rápido, Lasham. ¿Te has olvidado de lo que te dije en Abilene?

—Vamos, no te excites, Danny—apaciguó el dentista.

—Si él se queda, salgo yo.

—Ya lo arreglaremos luego, guárdate ese cañón ahora.—Dan le obedeció de mala gana, y prosiguió—: Si hemos de trabajar juntos has de confiar en mí. Me eres simpático. Me gusta tu manera de ser, a pesar de que dejaste pasar el ganado. Lo hecho, hecho está y tal vez sea mejor, después de todo... Así creerán que ese Tod Ramsay es hombre capaz de hacer milagros. Van a considerarle una especie de héroe ya que heredó el rancho de Dusty. Irán cuando él vaya, pero no antes... y si él no fuera, ellos no irían nunca. Está bien claro, ¿no?

La insinuación era tan repugnante que Dan se maravilló de ser capaz de contener sus deseos de abofetear la mal afeitada cara del dentista y de acabar a tiros con Lasham. Todavía quería a Tod y no había caído tan bajo que...

—Lo único que hay que hacer es matar a Ramsay—anunció Doc fríamente—. Eso es. Así se espuntarán. Y aunque dos o tres intenten pasar después no nos costará trabajo pararles.

Dan se levantó del sillón y se encaró con los dos hombres. Des-

de aquel segundo un abismo se abría entre ellos. El disco de destrucción se hacía casi insopportable. Doc y Lasham notaron que mordía las palabras al contestar:

—Creo que ha olvidado usted algo, ¿no, Doc?

Y retrocedió hacia la puerta estudiándoles con fijesa.

—Aguarda un poco, Danny—rogó Doc—. En circunstancias normales encontraría natural que un joven se negara a matar a su mejor amigo, pero no son normales las circunstancias. Es como una bicúspide picada.

—Estoy de acuerdo con usted... pero a Tod no se le toca.

—No quisiera que empezáramos con una diferencia de opinión—protestó Doc—. Yo estoy mejor dotado que tú para pensar.

—Pues empiece a hacerlo entonces... porque no vamos a tocar a Tod.

Y la seguridad con que lo declaró, en un hombre como él, equivalía a una amenaza de muerte para quien lo intentara. Sin embargo, Doc no se espantó y le vió marchar con el ceño fruncido tempestuosamente...

o * o

Danny, sin preocuparse en absoluto por el peligro que había sembrado detrás de sí, trotó hasta el rancho de Mike. Se escuchaban los sonos del armonium en que la joven

hacia sus ejercicios. Sigilosamente desmontó y quitó la silla de los lomos del animal; agachóse al pasar por frente a la ventana y depositó el regalo al pie de la puerta.

Luego, se ocultó detrás de una columna y silbó. Mike, reconociendo el sonido, se levantó de un salto, voló hacia la puerta y... tropezó con la silla cayendo cuan larga era. Una risotada celebró el accidente, en tanto que ella murmuraba, fro-tándose la espinilla:

—¡Oh, qué golpe me he dado!

La hilaridad de Dan se calmó y de una zancada se presentó ante ella, preguntando en tono casual:

—¿Es nuevo ese vestido?

Mike se incorporó de un salto y antes de reconocerle exclamó:

—Debería... ¡Oh, Danny!

—¡Mike!

Abrió los brazos y la joven se arrojó a ellos. Hubo una pausa en que el amor, aumentado por una ausencia de dos semanas, hizo de las suyas. La prudencia de Mike en sus relaciones había desaparecido...

—¿Crees que está bien tratar de esa forma un regalo mío... darle puntapiés?

—¿Un regalo?...—se soltó de sus brazos y recorrió con los ojos y las manos la silla de montar.

Cuando se sobrepuso al arrobó, recobró la facultad de hablar y comentó:

—¡Oh!... ¡Si es lo más bonito que he visto en mi vida! ¡Y lleva

mi nombre! No deberías comprarme cosas así...

Dan estaba satisfechísimo del éxito obtenido y borró el final con un gesto, que le quitaba importancia.

—Eso no es más que el principio.

—Soy tan feliz que no sé qué es lo que me pasa. Todo ocurre en el mismo día en que Tod llegó con el ganado... y tú vuelves a mí.

El egoísmo propio del enamorado impidió que Dan diera más importancia a la mención de su amigo de la que creyó oportuna. No obstante, era un hecho sintomático que había de explicar muchas cosas. Como él estaba en la gloria de haber logrado romper el hielo, ya lo estimaba todo fácil y hacadero.

—¿Me echaste de menos?

—Más de lo que te puedes figurar—respondió muy seria Mike.

—Lo remediaremos... Sí, casémonos... Cuanto antes; hoy.

—¿No estando Tod?

—Pero ¿qué falta hace Tod?

—Pues es tu mejor amigo.

Rememoró la despedida de Abilene y sus labios formaron una apretada línea. Tod era un inconveniente que tenía que vencer antes de que fuese tarde.

—Podemos... darle una sorpresa.

No triunfó este intento, pues Mike se obstinó:

—No... no, Danny.

—¿Por qué no?

—No... ¡Oh, qué tonto! Una mu-

jer no se casa así, sin más ni más. Necesita ropa. Además, mañana vuelven todos de Abilene. Ya llegó Lasham y dicen que los otros no tardarán mucho tiempo. ¡Oh!... No querrás hacerme pasar tantas emociones de una sola vez, ¿verdad?

Mal de su grado, tenía que resignarse a lo que le suplicaba Mike. Un día más, ¿qué representaba en la vida de un hombre? Podía ser mucho... es verdad. Pero acaso lograría inducir a la joven a que le obedeciera sin despertar sospechas. Convencido o no, el pueblo comentaría la rápida boda... En resumen, lo mejor era apechugar con lo que apareciera...

—Mira... Es mala manera de empezar el matrimonio, pero... tú mandas.

Y estaba absolutamente ciego porque no advirtió un suspiro de Mike... ¿De alivio, de agradecimiento o de esperanza?

* * *

Al día siguiente.

Personas acudidas de los contornos más alejados, llenaban las calles. Muchos nombres montados a caballo esperaban haciéndoles cacarolear; otros, más impacientes, habían partido hacia las afueras para recibir a los triunfadores.

Las mujeres y los niños se apiaban en las aceras agitando ban-

deritas, lo mismo que en los balcones. Doc y Lasham estaban en la clínica del primero, enviando rápidas y malignas ojeadas al coche en donde estaban Mike, Dan y Tennessee charlando por los lados.

Por último, la cabalgata pasó por debajo triunfal y tronó el crepitar de los revólveres disparados al aire y de los aullidos de los primeros que la habían presenciado.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Ya están aquí!

Tod, algo destacado de sus compañeros, saludaba a izquierda y a derecha, con el rostro impassible. Dan comprendió que aun recordaba la discusión de Abilene, mas no por eso dejó de gritar y de aullar como los demás. Los rancheros saltaron de sus caballos y se precipitaron hacia sus familias con los brazos abiertos.

—¡Tod!—gritó Mike.

El joven, desorientado en un principio, se encaminó hacia ellos, con una mueca de desagrado momentánea en la cara, así que vio a Dan que le saludaba.

—¡Mike!

La muchacha bajó del carricoche y le abrazó con fuerza y las pupilas empañadas por las lágrimas.

—Ya era hora de que me prestaras alguna atención.

—Te felicito, Tod — aseguró Dan. Y no mentía, pues su rostro estaba radiante.

Tod, estando ocupado con Mike, simuló no haberle oído.

—¡Qué alegría que lo hayas conseguido!... ¡Si papá lo hubiera visto!...

—Hubiera sido feliz...—se encorvó con Dan—: ¿Qué tal Nueva Orleans?

—Bien.

—¡Verás qué regalo se le ocurrió traerme!

—¿No habrá sido una silla de montar, verdad? — preguntó con sorna, sólo perceptible para Dan.

Los ojos de éste lanzaron centellas y se mordió los labios para contenerse. Afortunadamente estaba detrás de Mike, pues de otro modo ésta se hubiera sorprendido de su expresión.

—¿Quién te lo ha dicho?—palmoteó la joven.

—¡Oh! Conozco a Danny... ¿No os habréis casado aún?

—No... Te esperábamos a ti.

—Es mucha atención la vuestra.

La noticia era inexplicable. ¿Por qué aquella dilación? Arqueó las cejas, pero Dan rehuyó la pregunta. Tod sintió un agradecimiento infinito. Posiblemente todavía lograría algo de su amigo...

—¡Eh, Tod! ¡Vamos, te estamos esperando! ¡Date prisa! — gritó Mathews en la puerta de la taberna—. ¡Te aguardan los muchachos!

—Voy ahora mismo... Voy.

Apretó la mano de Mike y se cogió del brazo de Dan, volviéndose hacia la joven.

—¿Me permites que me lleve a tu futuro ahí dentro a echar un trago y a celebrarlo?

—No hay inconveniente. ¿Por qué no habrá tabernas en que pueda entrar una mujer?—protestó cómicamente.

—Te construiré una — prometió Dan, sigulendo a Tod.

—¡Tonto!... — exclamó con cariño.

Los habitantes de la taberna se tragaron a ambos jóvenes. Reinaba en ella un entusiasmo semejante al que ya habían presenciado en Abilene. Se acercaron al mostrador con dificultad, puesto que Tod era detenido a cada paso que daba por un admirador desceoso de expresarle su alegría por verle de nuevo.

Dan permaneció en segundo término durante las esporádicas conversaciones. Tod, finalmente, se volvió a él y le empujó hacia el mostrador. El tabernero, que estaba haciendo su agosto, ni siquiera se inmuto al ver a su agresor, más bien, fingió diplomáticamente no darse cuenta de su presencia.

—¡Buen trabajo!—alabó.

—Gracias.

—¿Qué quieres tomar?

—Whisky.

El tabernero regresó con una botella y llenó los vasos de Dan y Tod.

—Toma, muchacho... Lo mejor que tengo.

Tod vació de un trago su vaso y

se sirvió otro. Dan le observó admirado, despreciando el licor.

—Oye, ¿desde cuándo bebes?

—Desde ahora.

No era un misterio el porqué bebía. Ninguno de los dos añadió una explicación, aunque a Dan le dolió el alma. Nuevos admiradores del héroe de la jornada interrumpieron la conversación que, indudablemente, iba a brotar de la pregunta y afirmación anteriores.

Por último, Tod, con un ademán violento, se apoderó del vaso y de la botella y señaló con la cabeza una puerta que había en el fondo del local.

—Vamos al reservado. Quiero hablar contigo.

—Bueno, pues habla — contestó Dan, sin moverse.

—Es confidencial. Vamos... Hasta luego—dijo a Mathews y a los demás.

Abrió la puerta del reservado, que era una habitación polvorienta con una mesa, cuatro sillas y una ventana de guillotina dando a la parte trasera de la construcción. Depositó la botella y el vaso sobre la mesa.

Sus deseos de beber habían desaparecido al pisar el cuarto. Se sentó en el borde de la mesa y sostuvo la mirada de Dan, que aguardaba un sermón.

—Escucha, Danny... Sé muy bien que a ti no se te puede obligar a hacer nada a la fuerza, pero has de ver que esto no es justo para Mike.

—¿Que no es justo?

Dan daba las espaldas a la ventana y la ocultaba parcialmente a su amigo. De todas formas no hubiera podido advertir que Lasham se aproximaba sigilosamente a los cristales y espiaba la conversación por una rotura de los cristales.

—Casarte con ella.

—¿Por qué? ¿Es que la quieres para ti?

—Eso no importa ahora...—dijo ruborizándose Tod.

Ante esta prueba de debilidad el sarcasmo de Dan se hizo más acerado.

—No, claro. Tú sólo piensas en su porvenir.

La ira invadió a Dan. Dueño y señor siempre de sus actos y acostumbrado a llevar la iniciativa en todo, le sublevaba la sencilla idea de que Tod quisiera fiscalizarle, y más aún en lo que se refería a su conducta con Mike. Pero dos no disputan si uno no quiere, y Tod no estaba dispuesto a hacerlo.

—No la espera un porvenir muy risueño si ha de ser tu mujer. Tendrá que pasarse huyendo el resto de su vida.

—No pienso huir a ninguna parte. Sé lo que tengo que hacer de sobras.

—Tú, claro que sí... pero ella no es igual.

—¡Dejémoslo!—estalló Dan.

Caminó hacia la puerta, pero Tod quería acabar el asunto de una vez para siempre. No le dejaría sa-

lir hasta haber alcanzado una respuesta en firme; el asunto no se prestaba a dilaciones. Le recharó, pues, hacia la mesa y se interpuso entre la salida y su amigo. Y volvió a la carga:

—Lo dijiste tú mismo. Fuimos a caer en campos completamente opuestos. Así es y tengo el presentimiento de que siempre será lo mismo. ¿Crees que es vida esa para una muchacha?... Sabes que no y eres demasiado testarudo para confesarlo...

Dan empezó a vacilar. Su espíritu fluctuaba rápidamente en dirección contraria a la de su voluntad de no renunciar a Mike. Y al escuchar, afirmado por otra persona, lo que había sido objeto de tantas cavilaciones, tuvo que confesarse que había sido un iluso en su exceso de seguridad. Su rostro palideció, lo cual fué advertido por Tod, quien se sintió cercano a la victoria.

—¡Oh, vamos!... ¿Qué me contestas?... Lárgate de aquí; yo me iré contigo. ¡Mira si la querré que soy capaz de eso!

Poco a poco se le acercó Dan, subyugado por su sacrificio.

—Lo harías, ¿verdad?

—Sí, Danny...

Este se estremeció, haciendo un esfuerzo supremo. Dió unos pasos por la habitación respirando con violencia y, súbitamente, con un dolor tanto más grande cuanto contrariaba no sólo a su natura-

leza, pero también a su amor, se decidió:

—No hace falta que vengas conmigo...

Tod le ofreció la mano y avanzó hacia él con una sonrisa de cariño y de victoria. Pero Dan no la llegó a estrechar...

Su amigo se tambaleó y se desplomó con una herida sangrienta en la frente mientras la detonación de un disparo llenaba el reservado.

¡Lasham se había vengado! Enfundó su arma y desapareció.

Dan se arrodilló junto a su amigo Sabá a quién se debía el disparo. Tiempo tendría para buscarlo. Pero no, no tenía mucho. Los rancheros aporreaban la puerta y se oía la voz de Mathews, que gritaba:

—¡Ha matado a Tod!

La puerta se abrió violentamente. Ten, en un alarde de lealtad, contuvo a los rancheros con todas sus fuerzas, suplicando:

—¡Corre, Danny! ¡Huye!

El joven, de un salto prodigioso, atravesó la ventana, destrozando los cristales y cayó en la calle. Ten se rindió al empuje. Y empezó la persecución. Dan, sin embargo, no huyó. Tenía un propósito definido: Doc y Lasham habían de pagar con su vida la de Tod...

Rápidamente, con los perseguidores sobre sus talones, dobló la esquina trasera de la clínica y se detuvo. Lasham subía la escalera.

pero contuvo el gesto al verle aparecer.

—¡Tira, Lasham!—gritó Dan.

Lasham echó la mano al revólver, pero era lento, demasiado lento en comparación de Dan. El arma de éste detonó dos veces y la vida cesó de latir en el criminal, precisamente cuando se presentaban los perseguidores del joven.

Subió las escaleras de cuatro en cuatro mientras le hacían fuego. Doc no estaba en la clínica. Prosiguió la ascensión y entró en el aposento del sheriff, que se estaba bañando:

—Perdone, sheriff—se excusó.

Y salió al tejado. La casa estaba rodeada. Desde la calle le disparaban. Salvó de un salto el vacío y cayó en el tejado opuesto. Parte de sus persecutores seguía aquel mismo camino. Era difícil mantener el equilibrio y esquivar las balas.

Se dejó caer en el polvo de la calle, más allá estaban los corrales, más allá la libertad, si hubiera pensado en buscarla...

Doc, mientras tanto, reconocía la cabeza de Tod y tuvo que declarar, mal a su gusto, que la herida era simplemente un rasguño. Le administró las primeras curas y ordenó que lo llevaran a su clínica, cuando entró Mike.

—Tod, Tod, ¿qué ha ocurrido? Dícen que Danny te hirió.

—No fué él.

—¿Quién fué entonces?

—No lo sé, pero no fué Danny —y su voz era tan sincera que la convenció.

—Hemos de hacer algo. Le matarán si consiguen cogerle.

—No te preocupes, no le alcanzarán. Puede estar segura.

Dan se mezcló a las reses que mugían en los corrales. Pero fué visto por Mathews y los rancheros más destacados, que remedaron su acción. El ganado comenzó a moverse espantado y por último arrancó contra las vallas, destruyéndolas, corriendo de estampía por el pueblo.

De esta manera se cumplieron los propósitos del perseguido. Los rancheros se refugiaron en las casas y Dan, asido de la cola de un novillo, se dejó arrastrar por el polvo hasta llegar frente a la clínica del dentista.

Rodó sobre sí mismo y esquivó las patas de los animales desbocados. En aquel momento salía de la taberna Tod apoyado en Mike.

—Danny... Danny...—gritó el herido.

Pero el rugido despertado por los cascos ahogó su voz. Y así vieron cómo Dan subía hacia la clínica, a vengar a un amigo... que no había muerto.

Doc descubrió la llegada de Dan y se preparó para recibirle. Como no daba un árdite por su vida, escondió debajo de un trapo un revólver de poco calibre y dominó su

nerviosismo canturreando. Entonces se abrió la puerta.

—Llegó la hora — anunció Dan con las manos pendientes.

—Aguarda un poco, Dan. ¿No crees mejor que hablemos tranquilamente?

Dejó el instrumento y levantó el trapo, sacando el arma. Dan se movió rápidamente aunque no le sirvió de nada. Herido en el centro del pecho se arrodilló en el suelo y disparó a su vez...

Poco después Tod y Mike encontraron dos cadáveres en la clínica. El de un traidor y el de un

hombre que fué leal con el amigo hasta la muerte.

Mike sollozó inconsolable, sin que Tod pudiera calmarla...

¿Por qué lloraba? ¿Por el amor muerto o por volver a ser libre?... Porque Mike siempre cumplía la palabra dada.

Meses más tarde, desvanecida la sombra de pesadilla que pesó sobre ellos, Tod y Mike cabalgaban juntos, conduciendo una nueva manada a Abilene, dichosos y felices de que Tod hubiera vencido su timidez, lo que sirvió para descubrir el amor que había latido siempre en ambos.

F I N

Recuerde y pida:

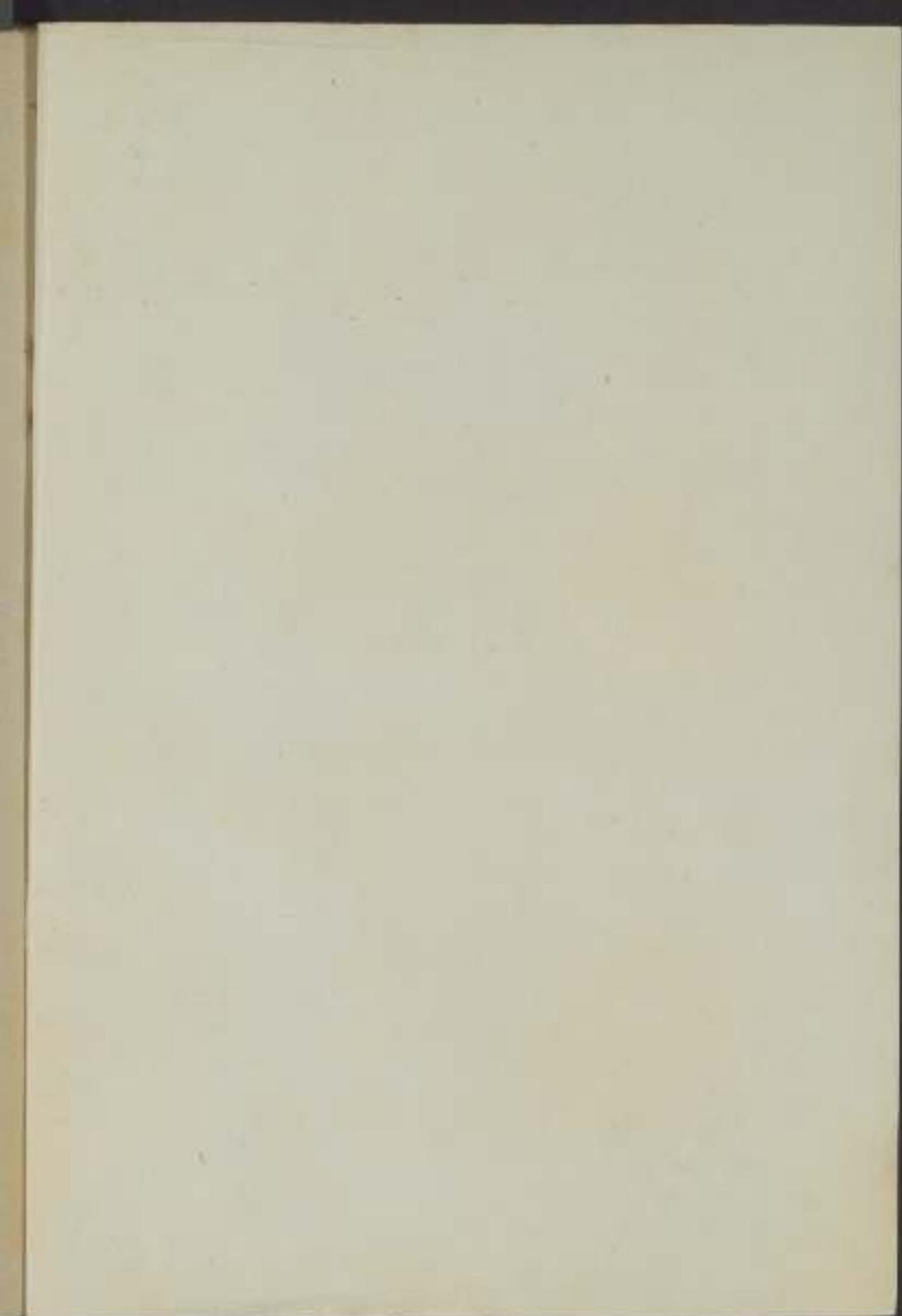
Cancionero

ÉXITOS DEL DIA

200 Canciones

38 Fotografías

2'50 ptas.



E. B.